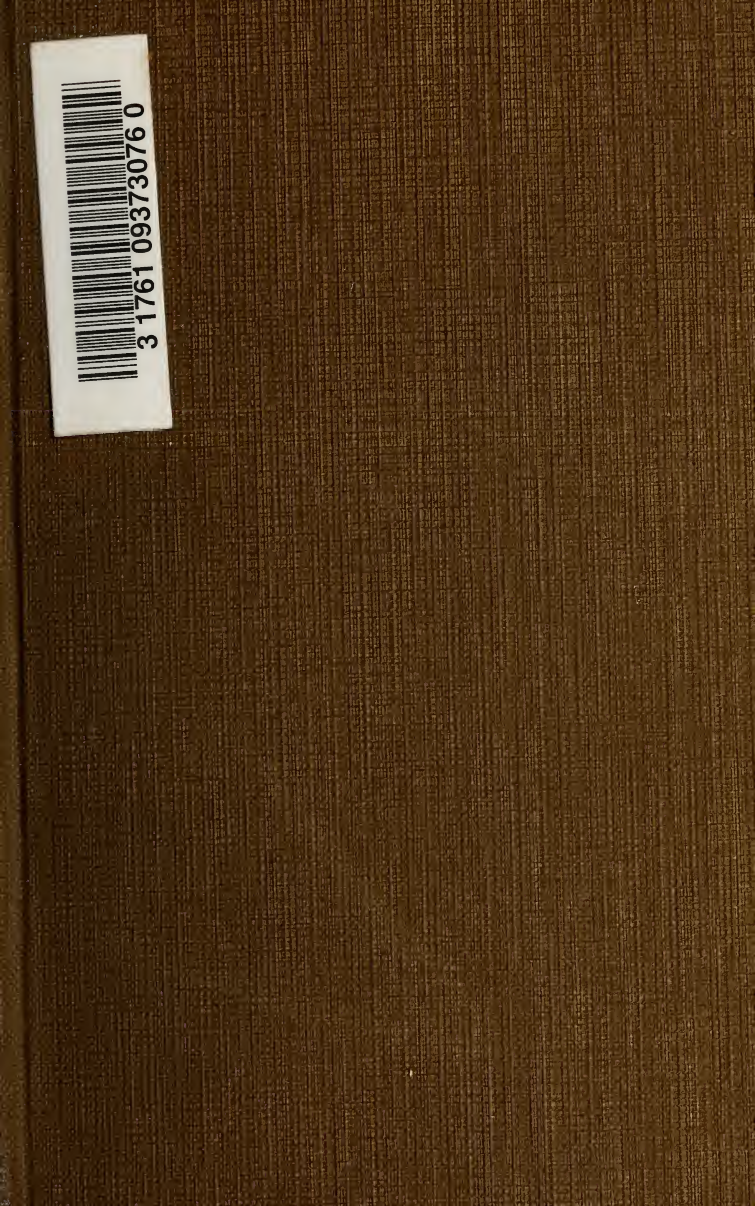

3 1761 09373076 0



POR

CARLOS FERNÁNDEZ-SHAW



GUTENBERG

LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA

CALLE DEL PRÍNCIPE, NÚM. 14

MADRID

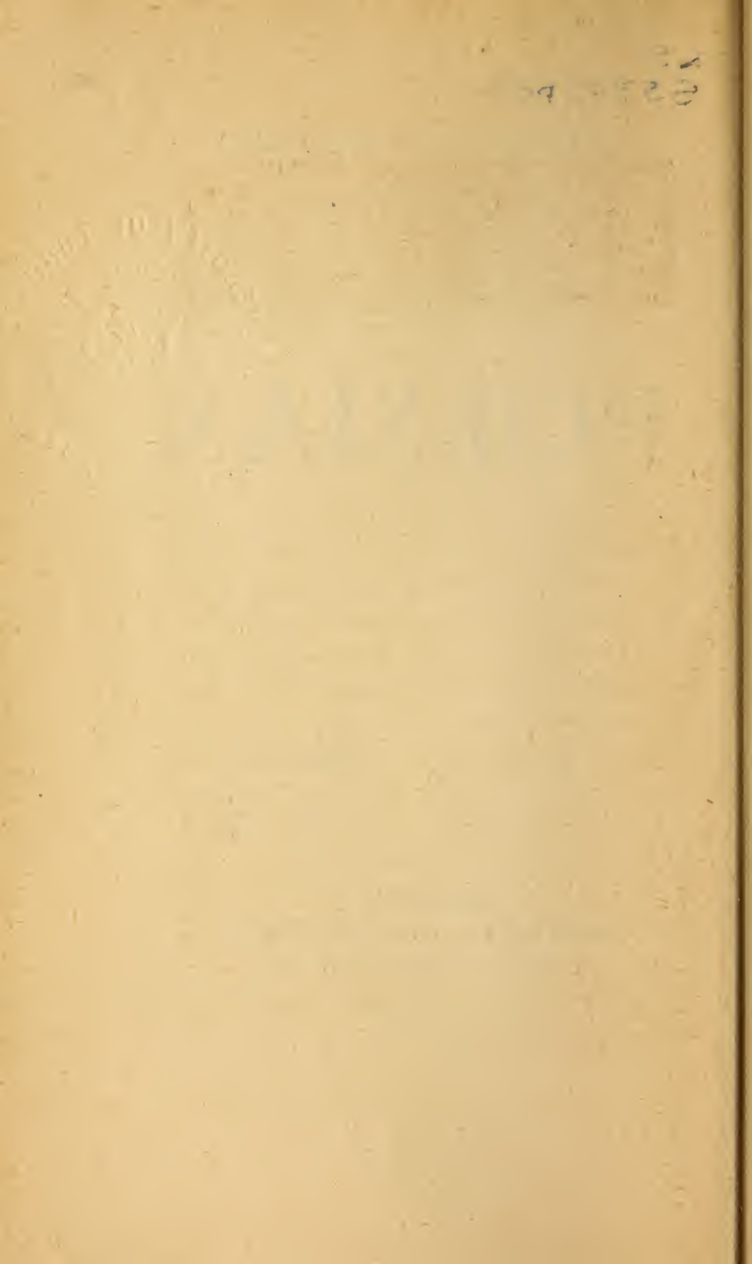


POESÍAS

CARLOS FERNÁNDEZ-SHAW

POESÍAS

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29
1883





Diez y siete años llevo en el mundo y cerca de cinco emborronando cuartillas. Ni dejan de impresionarme las tragedias que á mi lado se desarrollan, ni pretendo sustraerme á las encontradas influencias de los vientos que nos azotan en los días que corren. Algunos ecos de la tempestad zumban ya en las páginas de mi libro, y si la poesía del sentimiento y la naturaleza es la que inspira la casi totalidad de mis cantos, culpa, ó más bien, ofrenda fué de los tiempos que hoy aún dichosamente me colocan con el corazón abierto á todas las ilusiones y el pensamiento henchido de generosas esperanzas.

Á MIS PADRES

I

CANTOS

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. JULIO APEZTEGUÍA

NERÓN

ODA

AL SEÑOR

D. JOSÉ VELARDE



NERÓN.

I.

Espíritus medrosos,
del terror implacables mensajeros,
agitan silenciosos
sobre mi frente sus oscuras alas.
Ceñida hermosa de imperiales galas,
entre nubes rojizas miro apenas
fatídica figura,
y al contemplar, grandiosa, su hermosura,
siento correr la muerte por mis venas.
Vivo rayo de luz tiembla en sus ojos;
agita el viento sus vestidos rojos
sacudiendo los pliegues de su manto;
cuajada está su frente

de espesas gotas del amargo llanto
de madres y de hermanas y de esposas;
la circunda laurel resplandeciente,
de rojizo fulgor; huellan sus plantas
muertos aún palpitantes
que dieron á los vientos sus gemidos;
vagan ténues sonrisas horrorosas
entre los yertos labios comprimidos
de aquel tirano de renombre eterno,
que lleva tras de sí sangre, dolores,
desolación, horrores...
¡algo de lo terrible del infierno!
«¿Quién eres tú?» clamé. «Nerón,» prorrumpe
de los fantasmas el siniestro coro.
«¡Nerón, Nerón maldito!
»¡Nerón, Nerón, de lúgubre memoria!
»¡Mira su nombre escrito
»con sangre y llanto en la romana historia!»

II.

¡Veníd al Circo! La piedad os llama.
De la movida arena suben rojas,
sangrientas nubes, en tupido velo;
se escuchan alaridos imponentes

y agonizantes ruedan por el suelo
ó alzan altivos las soberbias frentes,
rayos lanzando sus miradas fieras,
los leones, los tigres, las panteras.
Brinca el veloz chacal; el pardo tigre
alza su vista al sol, de rabia lleno,
y se queda extasiado
ante aquel cielo azul, puro y sereno,
por los rayos del sol abrillantado;
y vuelve luego en sí, la plebe grita
y él la contempla absorto frente á frente;
una pantera allá torva se agita,
y acá un león ardiente
sacude enfurecido la melena,
azota sus hijares con la cola
y se revuelca en la agitada arena.
El pueblo ruge lleno de alegría,
saciada, al fin, su bárbara impaciencia,
ocupando la inmensa gradería,
y en el *podium* los graves Senadores
contemplan con cruel indiferencia
tanta desolación, sangre y horrores.
Mas ¿quiénes son aquellos que aparecen
lívidos cual la faz de la agonía,
serenos cual la paz de la conciencia?
¡Son los cristianos! ¡Vedlos!

¡Mártires de la fe! ¡Siempre tranquilos!
¿Qué son ante la luz de su creencia
las sombras de la muerte?
¡La muerte!... ¡El cielo hermoso!... ¡La alegría!
¡Las sombras de la noche
y el vívido esplendor del claro día!
¿Qué son ante el humano pensamiento
las horribles angustias del martirio,
si, de la carne en el feroz tormento,
su sangre al derramar, de cada gota
un héroe nuevo brota
á morir por sus santos ideales,
cual surgen rayos de la mar tranquila
cuando el sol se refleja en sus cristales?

. . . .

Y en la regia tribuna
está Nerón altivo y arrogante...
Su figura orgullosa;
como la torpe seducción hermosa,
como el torpe delito repugnante.

III.

La serie de los crímenes
empezó por Caín. Mató á su hermano,
envidioso é iracundo.
Los crímenes odiosos del tirano
principio igual tuvieron en el mundo.
Así Nerón, así; joven apenas
siente ya sus pasiones despertando,
siempre con el placer en torpe lidia,
mientras al corazón se va enroscando
la pálida serpiente de la envidia.
Británico cayó. Su hermano mismo
víctima suya fué; tan loco estaba
que á ciegas caminaba hácia el abismo.
Cayó su hermano; mas Nerón no advierte
embriagado en su fútil alegría,
que al abrirle el abismo de la muerte
él, cegado, caía
en brazos de la horrenda tiranía
que, hermosa, seducido
al abismo del mal le conducía.
¡Ay del que, loco, herido
vá hácia el abismo y el abismo aträe!

¡Ay del que ciego en el abismo cäe!
Y asesinó á Poppea... y no saciada
su sed de sangre, fué su bella esposa
á sus locos furores inmolada...
y cayó la inocencia
y el vicio y la virtud y la creencia
ante su golpe airado,
y hasta el genio coloso de la ciencia
fué á su crueldad satánica inmolado,
y, envidioso, por torpe represalia,
hizo matar... ¡villano! ¡miserable!
al inmortal autor de *La Farsalia.*
Lucano, adormecido
de mil dulces placeres al arrullo,
el pensamiento lleno de ilusiones
del triunfo hermoso al seductor murmullo,
henchido de esperanzas
que llenaban al par dos corazones...
y de tu vil maldad en el delirio
la paz trocaste de su vida hermosa,
por la ansiedad horrible del martirio!
Porque fué tu rival... porque la suerte
le puso sobre tí... porque te ahogaban
los mil gritos que amantes lo aclamaban,
le arrojaste al abismo de la *muerte*,
cuando á gozar de su gloriosa *vida*

aquellas ilusiones lo llamaban!...
Tú, Nerón, te pusiste en su camino.
¡Ah! los remordimientos ¿no te oprimen?
De un hombre y su ilusión fuiste asesino;
¡doble fué tu maldad, doble tu crimen!
¿Y no te alteras? ¡No! Siempre inmutable
permanece tu faz, siempre tranquila...
¡Ah! ¿por qué la virtud tiembla y vacila,
si casi nunca tiembla el miserable?

IV.

No es nada el arroyuelo
junto á la inmensidad del mar rugiente;
nada un grito perdido en el espacio
del trueno ante la voz ronca, imponente;
nada el murmullo de tranquila fuente
junto al rugir de hirviente catarata
que corre y se despeña
saltando sin parar de breña en breña;
nada ese crimen es junto á otro crimen
que á creer se resiste el pensamiento,
porque por mucho que la mente crea,
¡ay! ¿quién en mar de horrores no se abisma
al concebir la idea

de ser verdugo de su madre misma?
¡Y muerta, muerta fué!... ¡Y no se alzaron
las gigantescas cumbres de Apenino
y al cruel asesino
entre montes de piedra sepultaron!
¿No cruzaron, Nerón, por tu memoria
recuerdos de otros días,
de las felices horas de tu infancia
las puras é inocentes alegrías,
cuando intentaste, vil, de rabia lleno,
arrebatar la vida, sanguinario,
á la infeliz que te llevó en su seno?
¡Ah! recuérdalo bien, que nada abona
tu salvaje furor; ella avanzaba
hasta el crimen, audáz, porque anhelaba
mirar sobre tus sienes la corona
que dominaba en la extensión del mundo.
¡Ah! recuérdalo bien! Entre el inmundo
cieno de su maldad y su falsía,
de brillo puro, imperturbable, fijo,
una perla fulgente relucía,
¡un infinito amor hácia su hijo!
¡Ah! recuérdalo bien! ¡Sí! te quería
con entrañable amor; si tú vivieras
y pudiera dejar la tumba fría,
aun cuando tú, cruel, la aborrecieras,

desalada en tu busca correría,
y aún con el corazón hecho pedazos,
en sus amantes brazos
con entrañable amor te estrecharía!
Amante, no vendría
á pedir de tu crimen justa cuenta...
¿Tiemblas? No. ¿Palideces? No, tampoco.
¡Tu faz imperturbable me amedrenta,
tu audacia sin igual me vuelve loco!

V.

¿Qué sordo clamoreo,
cual signo horrible de espantosa lucha,
del Tíber á la orilla
fatídico se escucha?
¿Qué rojo resplandor que ardiente brilla
en luz inunda el infinito espacio?
¿Quién aviva esas llamas que, ligeras,
convierten en hogueras
la casa y el museo y el palacio?
Ardiendo está la triunfadora Roma;
aquí el fuego voraz corre y ondula,
allá un muro gigante se desploma
con imponente estruendo,

y en remolino horrendo
ruedan acá los arcos colosales,
pórticos y columnas,
del polvo entre las rojas espirales.
Doquier se escucha gritería inmensa
que cruza los espacios imponente,
y de asfixiante humo nube densa
se esparce por el cielo indiferente,
ocultando del sol la roja frente
que, viva y centelleando,
siete días se alzó por el Oriente
aquella escena horrible contemplando,
y á las llamas vivísimas retando
siete días se hundió por Occidente!
Mirad, mirad cuál corren
llenos de espanto é indescriptible angustia
las mujeres, los niños y los viejos,
á los vivos reflejos
de aquella luz que salta y centellea
tan veloz como el vuelo de la idea.
Todo es dolor, desolación y muerte.
Y Nerón ¿dónde está que altivo y fuerte
no acaba tanto horror? Sordo al auxilio
miradle... ¡si es posible!
recitando impasible
terríficas estrofas de Virgilio!...

Y después, y después, indiferente,
imputó á los cristianos aquel crimen,
cuando fija en su Dios la viva mente,
por el terror en tierra sepultados,
estaban á su culto consagrados...
¡Cuántas veces salpica al inocente
la sangre que vertieron los culpados!

VI.

Genios del mal, indescriptibles genios
que el fuego removéis de las pasiones
y despertáis al mal en sus abismos,
regid vuestros alígeros bridones,
cruzad la superficie de la tierra
y gritad del tirano á las legiones:
«¡Alzäos! ¡Basta ya! ¡Venganza y guerra!»
¡Ah! Ya las miro alzarse
al viento desplegando sus pendones,
ya miro levantarse
mil puñales ansiosos...
¡Ah! ya le miro huir! ¡Digno castigo!
El que no vacilaba
en decretar cien muertes cada día
y quien en verlas dar se recreaba,

á la muerte temía
cuando cerca, tan cerca, la miraba.
¡Digna expiación y justa!
Escondido en la cueva de Locusta,
donde apenas llegaba
el ténue rayo de la luz del día,
cuando ya se escuchaba
el rumor de la turba delirante
que, el acero en la mano,
feroz y vengativa, perseguía
al que fué su tirano,
hundiste tu puñal en aquel seno
que engendró tantos crímenes; tu sangre
por el suelo corrió... mas... ¡toda ella
no consiguió borrar ni un solo paso
en tu senda de crímenes y horrores!...
¡Solo!... ¡con tu alma vil y tus dolores
pereciste!... ¡por fin! Los bravos tigres
de dolor y de envidia se agitaron...
los furiosos leones,
los temibles chacales
al viento, estremecidos, exhalaron
rugido lastimero
en honor del perdido compañero,
y el viento en sus revueltas espirales
llevó el eco en carrera dilatada

á los pardos, sangrientos arenales
de la Libia abrasada!
¡Ah! ¡Te miro, Nerón! Mas... ¿por qué tiemblas?
¿Por qué tu rostro altivo se contrae?
¿Qué rumores son esos que se escuchan?
¿Qué infames sentimientos
allá en tu corazón furiosos luchan?
Es que ves que indignados corazones
hoy te aborrecen con terror profundo;
es que escuchas las vivas maldiciones
con que hoy te abruma justiciero el mundo!
Es que hoy miras que el crimen no es sendero
para llegar al templo de la gloria;
es que escuchas el fallo justiciero
de la severa é inapelable historia.
¡Tiembla! ¡Sí, tiembla, sí! ¡Digno castigo
de tu infame crueldad! ¿Dices que es mucha
la justicia del mundo? ¡No, te engañas!
¡Oye tu maldición! ¡Escucha! ¡Escucha!
¡Genio de destrucción! ¡Yo te maldigo!
¿Tiemblas? ¡Escucha! ¡Sí! ¡Noble y severa
te maldice conmigo,
llena de horror, la humanidad entera!

Madrid, Marzo, 1881.





AL HIMALAYA.

SONETO.

Á VICENTE COLORADO.

Absorta la mirada no se atreve
á contemplar tu elevación gigante;
¿quién será el que con paso vacilante
hasta tu cima, triunfador, se eleve?
Ni al rayo tu alta cumbre se conmueve;
¡virgen que espera á su ignorado amante
envolviendo su púdico semblante
en irisada túnica de nieve!
Rueda á tus piés la avergonzada nube,
tiembla el torrente en su rugir sonoro,
tu vencedora mole sube y sube
hasta tocar el alto firmamento...
¡ya te corona el sol de rayos de oro!...
mas ¡te gana en altura el pensamiento!

Madrid, Marzo, 1881.

A LA MEMORIA

DE

D. VENTURA RUÍZ DE AGUILERA



I.

Murió esparciendo refulgente rastro,
perdió su luz el astro,
cayó el río en la mar enfurecida,
cumplióse al fin la inevitable suerte
y terminó en los brazos de la muerte
la fase humana de su eterna vida.

—

Murió; ya el ave abandonó su nido
y retando al olvido,
tendió á más alto su arrogante vuelo.
Vivió hace mucho en celestiales salas;
¡feliz él, que al morir, se halló con alas
y sólo tuvo que mudar de cielo!

—

Quizás la infiel generación presente
nególe, frente á frente,

con la voz de glacial indiferencia,
el lauro del honor de la victoria
que ilumina la senda de la gloria
y engrandece el sufrir de la existencia.

—

Mas ya asoma la luz en lontananza;
vive, justa esperanza;
contempla con extática alegría
surgir la admiración atronadora,
que cuando luce la querida aurora
es porque viene el luminar del día!

—

El vil dolor que al corazón desgarra
clavó su aguda garra
en su entusiasta y generoso pecho,
y en tanta angustia y con ultraje tanto
jamás turbó las notas de su canto
la envenenada burla del despecho!

—

Cuando el pesar al corazón azota
el noble canto brota;
la levantada inspiración no alienta
bajo la bruma del voraz desmayo;
¡para que zumbe el trueno y vibre el rayo
es preciso que ruja la tormenta!

—

II.

Ya era su acento el cántico de gloria,
al evocar la historia,
de aspiraciones infinita fuente;
ya el eco de canciones que han brotado
al luchar con los gritos del pasado
el ¡ay! fecundo del dolor presente.

—

Ya la armonía hermosa en que palpita
el alma que se agita
harta del mundo y su vivir mezquino,
caminando entre sombras, y adelante,
sin alcanzar el rayo palpitante
que ahuyente las tinieblas del camino.

—

Ya el gemir de tristísimos cantares,
murmullos de pesares
que lloran entre luces y gorgeos,
dónde el ¡ay! del amor apenas dura
cortado por el ¡ay! de la amargura
y el terrible anhelar de los deseos.

—

Ya el canto del fervor que se desborda
con ansia lenta y sorda

del alma que persigue la belleza;
¡nube radiante de aromoso incienso
que vierte el alma en el altar inmenso
de la rica y feráz Naturaleza!

—

¿Quién no la amó? Sus luces, sus cascadas,
sus notas animadas,
el ave triste en su callado vuelo,
el monte, el mar, la luna, el bosque umbrío,
la corriente veloz del ancho río,
la inmensidad del asombroso cielo...

—

¡Cuánta grandiosidad, cuánta poesía
ya en la lucha bravía,
ó ya en la inútil, perezosa calma!
¿Y no admirar á aquel que siempre deja
en sus estrofas algo que refleja
la inmensidad, reflejo de su alma?

III.

Nó, jamás; nace el sol y desde lejos
del mar en los espejos
su esplendorosa majestad retrata;

brilla la luna cuando muere el día,
y hermosa esparce por la mar sombría
de sus luces la muda catarata.

—

Mira el alma con hondo desconsuelo
la inmensidad del cielo
reflejada en el mísero pantano,
y en la candente lágrima que brilla
abrasando la pálida mejilla
ve las grandezas del dolor humano.

—

Ensimismada en anhelar profundo
ve al agitado mundo
cuál se retrata en la pupila inquieta;
¡así también espléndido y pujante
se refleja en la estrofa palpitante
el espíritu inmenso del poeta!

IV.

¡Oh! cuán terrrible fué su negro día;
rindióse la alegría,
enmudeció el afán, calló el sarcasmo,
de la inquietud se revolvió en el lecho,

y de repente se apagó en su pecho
el fuego del volcán del entusiasmo.

—

Es la ley del pesar; cuando sombrío
el pueblo terco ó impío
asesinó al Señor de los Señores,
nubló su faz la luna amarillenta,
y extendió por el cielo la tormenta
el negro pabellón de sus horrores.

—

¿Qué pasaba? El dolor, de negro manto,
nubladas por el llanto
las trémulas pupilas de sus ojos,
la faz torva y morena demacrada,
y la lívida frente coronada
por sangrientos y frígidos abrojos,

—

Extendió su tiniebla destructora
sobre la luz de aurora
que el martirio alumbró de su existencia,
mientras subía con ansioso vuelo
á la región de su perdido cielo
el ángel de la luz y la inocencia.

—

¡Hija infeliz! ¡Ah! cuánto amor y cuánto
pesar y oculto llanto...

El vil placer en lastimoso alarde
con besos de dolor se despedía...
¡Así deja sus ósculos el día
en la faz ruborosa de la tarde!

—

¡Cuán tristres son los ecos de su lira!
No más dulce suspira
el aura resbalando entre las flores,
ni son más tiernos los quejidos vagos
de las ondas tranquilas de los lagos
al contarse en murmullos sus amores.

—

Callára el mar su tremebundo acento
y su rugido el viento
antes que él no gemir tan dulce canto.
¡Qué sublimes, dolientes elegías,
mecidas por las auras de otros días
en las amargas olas de su llanto!

—

¡Pobre poeta! Abandonó ya el mundo...
Su espíritu fecundo
siguió las huellas de su virgen santa...
¡Así al morir el sol, en su áurea cuna
besa al pálido rostro de la luna
que en el húmedo Oriente se levanta!

—

V.

¡Oh gloria mundanal! No eres la adusta
divinidad augusta
que sus dones austera repartía;
esclava del honor y el heroismo,
que hundiendo á la maldad en el abismo
tan sólo entre grandezas se cernía.

—

No eres la virgen de mis sueños, pura,
radiante de hermosura,
que en el altar de la virtud oficia;
de fiel amor y de actitud severa,
bañando su flotante cabellera
en los rayos del sol de la justicia...

—

No eres el ángel torvo y soberano
que despeña al tirano
en el abismo lóbrego y maldito;
ni el arcángel de luz, de rostro griego,
que en caracteres grabará de fuego
las hazañas del hombre en lo infinito.

—

Apártate de mí, reptil inmundo
que envenenas el mundo;

el aura de los vicios te acaricia,
se vende al oro tu opinión perjura,
y alienta tu raquítica figura
en el aire mortal de la avaricia.

—

Huye á la gloria si su amor te inquieta
y duerme en paz, poeta;
jamás te postres abatido y triste,
ni sufras por fantásticos dolores,
y desdeña del mundo los honores
pues con el bien y con tu honor cumpliste.

—

En donde premio y paz los justos hallan
rencor y vicios callan,
y huelgan veleidades de la suerte.
¡Alégrate, aunque es triste la partida
del que va, cortesano de la Vida,
á ser un cortesano de la Muerte!

VI.

El viento quejumbroso resbalaba
y los muros besaba
del triste, solitario cementerio,

gemían las campanas lentamente
y rodaban espesas por mi frente
las sombras de la angustia y del misterio.

—

De una nube en el seno enrojecido
el ancho sol caído
rápido por los cielos dencendía;
iba tu luminar también muriendo
con los del sol sus rayos confundiendo...
¡Eran dos soles al morir de un día!

—

Lento el concurso hácia la fosa baja,
se abrió la angosta caja
que encerraba tus míseros despojos,
se oyó el doliente religioso canto...
¡Y no te ví! ¡las gotas de mi llanto
mataron el anhelo de mis ojos!

VII.

¡Poeta, duerme en paz! Oye el lamento
de mi angustiado acento,
olvida mi cantar, indiferente,
¡mas deja que asombrada mire arriba

el alma que en sus cárceles cautiva
siente al llorar y llora porque siente!

—

No olvides á este mundo del pecado,
si él te admira asombrado
con entusiasmo férvido y profundo.
Poeta, duerme en paz, y en tu grandeza
elevando arrogante la cabeza
al mundo olvida si te olvida el mundo!

—

Olvídalo, sí, sí; ¡tan sólo olvido
merece si es que ha sido
tal su rastrero proceder villano!
Descendiendo el Señor sobre el planeta,
dirá al mundo: «¿qué hiciste del poeta?»
como á Caín «¿qué hiciste de tu hermano?»

Cádiz, Julio, 1881.



¡POBRE LOCA!



¡POBRE LOCA!

Á LA MEMORIA DE...

Y es verdad que la pura
y hermosa flor de mi vergel querido,
el ave del amor y la ternura
que aún no volaba lejos de su nido,
el más brillante rayo
que vió jamás lucir alba de Mayo,
se hundió en las sombras? Las amargas fuentes
de las lágrimas vierten sus raudales;
llorad conmigo lagos transparentes,
llorad conmigo roncos vendavales,
llorad olas rugientes
del mar que rompe ante sus piés su linfa
en sonoras y rápidas vertientes...
¡Ella fué vuestro orgullo y vuestra ninfa!

—

4

Cuando me lo dijeron, en el alma
sentí un dolor agudo;
murió el dolor y aún vive aquella calma
que triste reina en el espacio mudo
cuando pasó la tempestad... ¡No vuelven
ya las hojas y el árbol ya desnudo
se agita entre las nieblas que lo envuelven!

—

¡Pobre María! ¡Al recordar su nombre
brota la sangre de mi abierta herida!
¡Sólo quien vence en la batalla es hombre!
No, no murió; más ¡ay! la ingrata vida
ahogó su luz entre su horrible estruendo,
y ya, vivir con la razón dormida,
¡ay! ¡es lo mismo que vivir muriendo!

—

Medito en sus pesares, y en mi boca
luchan la maldición y la esperanza...
¿Dónde está la justicia? ¡Pobre loca!
¡Tu misterio se duerme en lontananza!...
Tu noche cuán oscura;
cunde la sombra y se estremece el trueno;
débil razón, responde ¿qué es locura?
¿Es castigo? ¿de qué? ¿de la falsía?
¡Si es castigar á un ángel y ángel bueno...!
¡Eso no puede ser... eso sería

cortar la flor para plantarla en cieno!
¿Es angustia y dolor? Es necesario
algo más... ¿Algo más? Sombra y demencia.
¿Y han de servir de fúnebre sudario
á la virtud y al bien y á la inocencia?
¡Siempre la maldición! Su cautiverio
rompe el rayo en la nube que le träe...,
es la furia de Dios y á veces cäe
en su iglesia, en su cruz... ¡Siempre el misterio!

—

Era una blanca rosa,
orgullo de andaluza primavera,
que iluminó su frente candorosa;
rayo de luna entre celajes era;
ave que gime su canción hermosa
volando por el bosque y la pradera.
Hoy la flor duerme el sueño del olvido
mecida por los recios vendavales,
el ruiseñor herido
apenas si percibe su gemido
en las rachas del viento desiguales,
¡y el rayo de la luna, que en su anhelo
quiere rasgar la nube que lo encierra,
lucha en las sombras y se vuelve al cielo
porque no puede iluminar la tierra!

—

Ensueños de ideal melancolía;
auras de aquellos mares gaditanos,
que en mis últimas horas de agonía
refrescásteis mi frente, que rendía
el golpe del dolor entre mis manos;
himnos de aquella edad de la alegría
¡ay! ¡tan hermosa cuando ya se acaba!
besos de aquella madre sin fortuna
que aún piensa ver abrirse, allá, en la cuna,
aquel capullo que en la luz temblaba;
anhelos de impacientes corazones;
memorias, ilusiones...
¡alboradas primeras de la vida!
decid á su razón que yace muerta
ó entre las brumas del horror dormida:
«¡Angel de tantos sueños, elegida
del Paraíso del Señor, ¡despierta!!»

—

¡Ay! ya viene el invierno, el Peregrino;
entre las nieblas tembloroso marcha
salpicando las flores del camino
con los tenues cristales de la escarcha,
y las hojas que en ráudo remolino
saltan y giran con el aire fuerte
lloran la brevedad de su destino
en el primer aliento de su muerte.

Todo es tristeza, y soledad, y en tanto
en el hogar en donde á Dios se llama
con voz creyente y fervoroso llanto,
vibra un acento que en las sombras clama:
«¡Piedad! ¡Piedad, Dios Santo!»

—

¿Sólo puede salvarla el sacrificio?
Hable tu afán, Señor. Tu siervo espera
en el borde del ancho precipicio.
¿Buscas mis ansias de benditas glorias?
Tuyas fueron, Señor, y á tí se vuelven.
¿Buscas mis ilusiones, mis memorias?
Ya sus últimas ráfagas me envuelven
y se elevan á tí. ¿Dónde está, dónde
tu hermosa compasión? ¿Aún más? ¡Responde!
¿Hace falta una vida?
Toma Señor la que en mi pecho alienta.
¡Así será fecunda su caída,
y volará á los cielos, bendecida,
como lirio que troncha la tormenta!!

—

Ah, Señor, tu poder es infinito.
Habla tu afán y se recobra el ciego,
surge el agua copiosa del granito
y torrente de fuego
abrasa á la blasfemia y al delito.

La tierra y el orgullo de sus gentes
son unas chispas de brillante plata,
que van con otras chispas relucientes
saltando en estruendosa catarata,
que en su vivir y trabajar fecundos,
atropellando historia tras historia,
cantan con el concierto de los mundos
el himno soberano de tu gloria!
Hable tu Caridad; tu voz divina
suene vibrando con pasión amante,
como quejido de paloma errante
de colina en colina...
¡Ah! Tú que alumbras la apacible calma
con el iris que brilla en la discordia,
vuelve la luz al cielo de su alma...
¡Misericordia, oh Dios! misericordia!!

Madrid, Noviembre, 1882.





¡SEVILLA!

SONETO.

A FELIPE PÉREZ.

SALUD, ¡oh claro sol de la pöesía,
del genio patria y del amor señora,
donde suena con voz arrulladora
el eterno cantar de la alegría!
Para ensalzar al mundo tu hidalguía
la Giralda se alzó dominadora;
junto al Betis durmió la dulce Flora,
se enamoró de tí la luz del día!
Aun más que tus palacios y tus rejas
y tus brisas de amor, tu luz ardiente,
tu rïo azul, tu catedral sublime...
admira el corazón las dulces quejas
de esa vaga poesía que en tu ambiente
flotando eterna, palpitando gime!!

Sevilla, Octubre, 1881.

¡AÑO NUEVO!

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. MATÍAS DE VELASCO Y ROJAS

MARQUÉS DE DOS HERMANAS



¡AÑO NUEVO!

¡Ay! no recuerda el ánimo suspenso
un siglo más inmenso,
más rebelde á *su Dios*, más atrevido.
Entre nubes de fuego alza la frente
como Luzbel potente,
¡pero también como Luzbel caído!

NÚÑEZ DE ARCE.

PASÓ la Noche-Buena
con su luz y su amor y su alegría,
y temblando resuena
el eco zumbador de su agonía;
pastores y pastoras
ya vuelven del portal, los aires vagos
repiten la canción de las auroras
y ya vierte sus luces tembladoras
la blanca estrella de los Reyes Magos.

Todo es invierno ya; monte y pradera
yacen bajo la nieve que los cubre;
¿qué se hicieron tus flores, Primavera,
y qué tus frutos, generoso Octubre?
Todo, todo murió. Ya anuncia el viento
con su agudo silbar el fin del año,
y al hendir el brumoso firmamento
extiende la frialdad del desengaño.
¿Veis una sombra que en los aires huye?
¡Es el año que fué! Ya envejecido
se marcha y aún destruye.
¿No escucháis un gemido
largo, muy largo, que al morirse zumba
como ronda siniestra de secretos?
¿No escucháis que le aguardan en la tumba
crugidos y temblores de esqueletos?
¡El último festín lágrimas tiene!...
Ya nueva aurora esparce nuevo rayo.
Es el año que viene,
que volverá la flor del mes de Mayo
y que en Otoño colmará las viñas...
¡Alegräos montañas y campiñas!

—

Díme, Año nuevo, que mi frente besas
con brisas, precursoras de venturas;
que naces entre nubes de promesas

y morirás en golfos de amarguras;
¿aprisionas el rayo justiciero
que purifique el aire que nos mata?
¿Harás saber al noble y al pechero
su hermoso fin y condición ingrata?
¿Vienes á ser pirámide altanera,
que marcará tan sólo su destino,
sin detener la rápida carrera
de este mundo que sigue su camino
sin religión, sin norte y sin bandera?
¿Serás el Redentor de las Edades
que vuelven á negar el poderío
del que salvó en la Cruz culpa y maldades
de su funesta edad y mundo impío
mientras al són de roncas tempestades
lloraba el cielo y se encrespaba el rio?
¿Tal sonará tu voz? ¡Bendito seas!
Mas si ambiciona mi ansiedad en vano,
¡ay de tí, cuando veas
el fondo miserable del pantano
en donde se destruyen las ideas
que fueron luz del pensamiento humano!

—

¡Cuán feliz nos visitas! ¡Cuán rosadas
se mecen tus primeras ilusiones!
En el rayo febril de tus miradas

vislumbro tempestades de pasiones.
Sonríes porque esperas,
y esperas porque adoras,
y son tus esperanzas las primeras
y al rayo brotarán de las auroras
que le anuncian alegres primaveras.
«¡Cuán feliz es la vida!
¡Cuán dulce su consuelo!
¿Quién pudo despreciarla? ¿Quién la olvida?»
Aún vienes por el cielo
y te seduces. ¡Ay de la caída!
¿Qué escuchas? Son cantares
de trémulo placer, ¡cuán dulce canto!
¿Miras al pié dormidos esos mares?
Sus olas son de llanto,
y no saltan jamás. Llévanse flores
y cubren con sus aguas los abismos.
¡No escucharás sollozos ni rumores,
que los grandes dolores
se mueren revolviéndose en sí mismos!
El mal callado nos devora el seno
miéntras que al aire su canción modula.
¿El mundo? ¡Como el lago! Cuán sereno
y cuán brillante y seductor undula...
¡y se reclina en sábanas de cieno!

—

¡Ven conmigo! ¿Suspiras?
¿Tan pronto ya? ¿Qué miras?
¿Una pena que corre sollozando?
¿Nada más? ¡No te alteres!
¿Por qué tiemblas de gozo? Los placeres
ya te reciben con murmullo blando.
¡Bajemos! Dí ¿no escuchas
rumor de maldiciones y quejidos?
Son los gritos horribles de las luchas
que zumbarán por siempre en tus oídos.
Sígueme. ¡Poco falta!
¿Vacilas? Ven y salta,
y salta luégo sin que nunca mudes
al descender. ¿Te agitas furibundo?
¿Te hirieron á traición? Sí, pues no dudes
que ya estás en el mundo!!

—

¿Ves una estrecha altura
cercada por abismos imponentes?
¿Miras con qué ambición y qué amargura
hacia la cumbre van gentes y gentes...
retorcidas serpientes
cuyos rastros conserva la llanura?
De allí la fuente mana
del eterno placer, allí murmura
la eterna dicha de la gloria humana.

Hollando el peñascal de aquel sendero,
destrozados los piés, la vestidura
enrojecida por la sangre hirviente
del corazón que gime lastimero,
¿ves á un hombre que sube lentamente?
La virtud le acompaña en su carrera,
á sus propios esfuerzos se confía,
adora, sufre y en su Dios espera;
¡pronto debe llegar! Por otra vía
más fácil y en carrozas adornadas
con brocados y seda y pedrería,
de gritos y confusas maldiciones
y carcajadas con horrible estruendo,
al correr de fortísimos bridones
los esclavos del Mal vienen subiendo.
¿Miras el oro que en sus trajes luce
y en duros pechos y en costosa lanza?
El vicio desgreñado los conduce,
y el carro asciende y sin cesar avanza,
y porque el mucho peso no los venza
abandonan al paso la vergüenza
y la fe y el amor y la esperanza!!
Uno y otros viajeros
se hallarán al cruzarse los senderos,
y el uno va á subir y el carro viene
y el vicio suelta la colgante brida

y su veloz impulso no detiene.
¡Al abismo cayó, triste, sin vida,
el amante infeliz!... ¿Ves la algazara
con que todos celebran la caída
y vuelven á correr?... ¿Por qué tu cara
en llanto inundas con terrible duelo?
Arrojado á las sombras del profundo
aventajóles en poder y anhelo,
¡que siempre el mártir del error del mundo
sube más alto, porque sube al cielo!

—

Todo es trabajo ya, fuerzas y vida;
muere la ineptitud que entre la sombra
brilló con reflejar de luz fingida;
los muros y soberbios torreones
cuyo fantasma al caminante arredra,
cayeron con su edad y sus pasiones
enterrando sus cien generaciones
entre sepulcros de su misma piedra.
¿Qué fué de la escultura
gloria del Partenón, que ante el murmullo
de aquella mar azul, como aquel cielo,
y de aquel aura al soñoliento arrullo,
descubría su encanto y su hermosura
como la flor que rasga su envoltura
al salir de la nube del capullo?

¿Quién piensa en las sombrías catedrales
por cuyos arcos góticos zumbaban
los ecos de las dichas eternales,
subiendo cual grandiosas ėspirales
que al mundo envuelven y en el cielo acaban?
Al grito del guerrero tras la almena
siguen los del trabajo en los talleres,
cuyas avaras cavidades llena
turba infeliz de niños y mujeres,
que en la inquietud del incesante estruendo
escuchan sólo á la ambición humana
que les persigue siempre maldiciendo
de los trabajos de su angustia vana,
y que al rugido del vapor que mana
por estrecho canal que se estremece,
apenas ven al cielo, que parece
roto girón cubriendo la ventana!
Allí, de tanto horror y gran ruïdo
surge el rico poder que nos deslumbra
y que virtud y bien pone en olvido,
como del vil carbón ennegrecido
surge la luz del gas que nos alumbra.
Cuando nace la sombra, nuevo día
engendra el hombre, y el raudal de plata
de los rayos eléctricos envía
por la extensa ciudad, que se recata

entre los velos de la noche umbría;
lánzase al globo y sube
rasgando el aire á penetrar la nube,
y lejos de este mundo ya maldito
más dulce encanto á su ambición sorprende,
pues como el cielo al fin es infinito
se ve más claro cuanto más se asciende!
Por monte, por abismo y por pradera
y en el alambre que su fin reune,
la voz como paloma mensajera
mundos y gentes separadas une,
ó ya guardando timbres é inflexiones,
de distancias y tiempo vencedora,
velando entre misterios sus prisiones,
duerme y espera su segunda aurora,
á la vez que rugiendo enronquecida
ya en el túnel voraz que la devora,
ya en la pradera que al placer convida,
paséase la audaz locomotora
como el arcángel de la nueva vida!!

—

¡Gozoso escuchas, te seduce el canto
del triunfo seductor de la materia!...
Y «¿qué del alma—te dirás—en tanto?»
¡Vierte raudal de inacabable llanto!...
¡El alma yace en pozos de miseria!

¿Qué fué de su virtud? ¡Ay! tu sonrisa
se desvanece ya. Díme, ¿no sabes
que hoy es lo digno de los hombres graves
mirar al suelo y caminar aprisa?
Sus vicios ya ¿qué importan
si pronto en mares de placer se bañan?
Por eso tanto la distancia acortan,
tan presto envidian y tan pronto engañan.
La ambición se apresura
para llegar más pronto, y pisotea
hasta la dignidad, y la hermosura
por burlar el amor se desfigura
y por lograr su plenitud se afea;
el globo sube y cada vez se agita
con más vertiginoso movimiento,
el vapor encerrado que palpita
con un rumor sordísimo que imita
la lucha de las olas con el viento;
y se cubren más pronto las maldades,
y se humillan más pronto las mujeres,
y se agrandan más pronto las ciudades,
y se buscan más pronto los placeres
único fin de la existencia toda,
y se olvidan más pronto los deberes
que, como viejos, *pasarán de moda!!*

—

La deslealtad se viste con buen tono,
y envueltas en purísimas visiones
la traición y el encono
hipócritas ocultan sus pasiones,
para alcanzar la codiciada altura
y desgarrar después en mil girones
la falsa vestidura.
Llegar, lucir, vencer, ¡grandiosa idea!
Quien humilde nació, ya enaltecido
entre glorias y lujo se recrea.
¿Quién nunca reparó cómo ha subido
con tal que ya en la cumbre se le vea?
¡Ay del que deslumbrado
por tanto goce en porvenir riente,
abandona las dichas del pasado
en las olas de cieno que han dejado
vibrar los himnos del feliz presente!
¡Ay del que á la virtud cerró la puerta
al torpe vicio seductor abierta;
loco y desvanecido
verá que su virtud ya no despierta
del sueño que arrulló su ingrato olvido!
¡Ay! para siempre huyó, ¡que el ave muerta
no vuelve más á calentar su nido!!

—

Y ¿qué fué del amor? Al cielo vuelve.

¿No escuchas un murmullo, allá, lejano,
como si tras la nube que te envuelve
se durmiera gimiendo el Oceano?
¿Nada te dicen? ¡Ah! ¿Nada recuerdas?
¿No escuchas el lamento de unas notas
como si en arpas por los aires rotas
se retorciesen las rasgadas cuerdas?
Todas claman llorando los rigores
del astro engañador de su fortuna:
«¡Ay! ¿qué fué del amor de los amores
más hermoso que el rayo de la luna
que salta en las corolas de las flores?»
¡Vírgenes del amor! ¡Llorad! El viento
acompaña también vuestra agonía,
y mezclando lamento con lamento
llora su inacabable melodía.
¡Vírgenes del amor! ¡Gemid! Las penas
llorarán vuestra angustia y vuestro canto.
¡Desceñid las coronas de azucenas!
¡Verted eterno llanto!

—

Entre curvas de fuego,
y en los brazos de amor que es loco y ciego,
llorando corre la infeliz *Francesca*,
alzando aquel puñal que brilla luego
con trémulo fulgor de sangre fresca;

y *Beatriz*, á su lado,
el ángel cuyas luces han rasgado
la sorda angustia y confusión dantesca,
del cielo se disipa en las regiones,
y goza el triunfo de su eterna suerte,
bendiciendo en tiernísimas canciones
aquel amor que vive hasta en la muerte!
Cleopatra con el áspid sobre el pecho
siente la inmensidad en sus pesares;
Leonor batalla con angustias locas,
y *Saffo* se retuerce sobre el lecho
al rugir de las olas de los mares
que la aguardan rompiéndose en las rocas!
La de los puros, cándidos amores,
y ojos azules, y cabellos de oro,
la dulce *Ofelia*, coronada en flores,
va diciendo al gemir: « Hamlet, no llores;
¿por qué tanto llorar si yo te adoro?»
Allá repite el aura
en la selva que oyéndole suspira,
ya el blando acento de la hermosa *Laura*
ya el ¡ay! doliente del amor de *Elvira*,
y allá con lirio y rosa
y flor silvestre sobre el blanco seno
va *Flérida* también, *dulce y sabrosa*
más que la fruta del cercado ajeno!!...

¿Ves? todas gimen al pasar; se miran,
ven su dolor, suspiran
y vuelven á cruzar, y en sus dolores
todas claman llorando su fortuna:
«¡Ay! ¿qué fué del amor de los amores
más hermoso que el rayo de la luna
que salta en las corolas de las flores?»
¡Verted eterno llanto!
Todas se van. ¿No escuchas en su canto
un eco lastimoso que te nombra?...
Ya el canto muere, se durmió el rüido
en densa lobreguez, la luz en sombra...
¡Todas se fueron! ¡El Amor se ha ido!!

—

En tanta lucha y soledad y pena
¿pudo la mente reposar al eco
del terrible fragor?... ¿Pudo serena
resistir las contrarias tempestades?
Todavía resuena
su sollozo... Las vastas soledades
repiten su patético sonido
cual la nota estridente de un gemido.
Ya deslumbrada se bañó en las ondas
del rayo traicionero,
y dijo á la conciencia: «No respondas
ni á la virtud, ni á Dios. En nada espero.»

Ya supo resistir á la corriente
que pretendiendo seducir humilla,
exclamando creyente:
«No es el cielo tu fuente,
sigue á tu mar y déjame en mi orilla.»
¡Y cuántas veces al sufrir no quiso
ni volver á pensar, gimiendo á solas
por el bien del soñado paraíso!
Ah ¡qué horror no sentir tus fuertes olas
oh pensamiento, que mi sien golpeas,
ni tus caricias dulces y süaves...
Cerebro sin ideas
es nido abandonado por las aves!

—

¿Dónde está la virtud? preguntas, ¿dónde
el honor que las almas engrandece
y la fe que á sus ímpetus responde?
¿Viste la negra mar que se embravece
batir las costas con impulsos bravos,
y á su capricho estremecer las naves
como Señor que ordena sus esclavos?
¿Y miraste al horror de tanta injuria
alzar la roca su cerviz rasgada,
respondiendo con fuerte carcajada
á los bramidos de la horrible furia?
Olas rugientes á su pié llegaron

y en polvo miserable se tornaron,
mientras la roca, firme, sostenía
la voz de la salvaje melodía.
¿Viste sobre la arena del desierto
el afán conque el árabe rendido,
busca á sus males venturoso puerto
en el oásis dulce y escondido,
y cuál brillan sus lágrimas primeras
al soñar con los goces del olvido
á la sombra feliz de sus palmeras?
Olas de horrible mar nos escarnecen
y desiertos nos rinden y murmuran
las seducciones que en halagos crecen;
¡pero las rocas duran,
los oásis florecen!!
Cuando el amor y la esperanza lloran
y es la virtud un goce desdeñado,
los espíritus fuertes atesoran
la luz que los vencidos han dejado!
¡Cuando el sol su cabeza fatigada
reclina en los sangrientos horizontes
todo es sombra en la lúgubre hondonada,
todo es luz en la cima de los montes!!

—

Odios y mal respiren
los que á su lado miren

solo funesta soledad!... Malditos
por el mundo y por Dios, el aire atruenen
con sus blasfemos gritos.
Dejad que se condenen
con la misma expiación de sus delitos.
Pero el varón constante
y la hermosa mujer y el animoso
joven feliz de corazón amante,
¿por qué maldecirán? Yo, pasajero
por los montes del mundo, soy dichoso
porque en el bien y en el amor espero,
y subo y no reposo
y se suaviza el áspero sendero!!

—

¡Es tan dulce querer! Es tan amada
la tarde misteriosa y es tan bella
la noche por estrellas coronada...
ella las contempló y en su mirada
vertió la luz de sus pupilas *ella*...
¡Por eso brilla tanto tanta estrella!
¡El amor! ¿Quién por *ella* no ambiciona
lograr luchando la mejor corona?
¿Quién no busca virtudes y alegría?
¿Quién no desprecia fútiles enojos?
¿Diré lo yo que en mi tenaz porfía
por un rayo del sol me tornaría

para poder filtrarme por sus ojos,
y ver su alma, y ver si me quería?
Mi dulce amor que á germinar empieza
es tan grande!... ¡lo sé! no la merezco,
pero extático adoro su belleza
y al contemplar en mí tanta grandeza
de mi propia pasión me enorgullezco!

—

¡Es tan dulce soñar! Cuando la aurora
disipa las dulzuras del pasado,
¿quién no anhela seguir la seductora
senda florida en el Eden soñado?
¿Quién después de pensar que grande ha sido
en torpe inercia yacerá pequeño?
¡Cuántas eternas glorias no han surgido
de la lucha del alma con el sueño!!

—

¡Año nuevo! ¿Suspiras?. Ven y ahuyenta
la tempestad que por los aires sube...
¡ay! si tu luz entre su bruma ostenta,
¡que si el rayo del sol dora la nube
es que está agonizando la tormenta!

—

Joven y fuerte vives; tu destino
es luchar y vencer. ¿Nieblas de invierno
te ocultan las orillas del camino?
y ¿fué jamás ni aun el dolor eterno?
Antes que vuelva el huracán y el rayo
á cuya luz has de morir, sus flores
por las campiñas esparciendo Mayo
te brindarán aromas y colores,
y en los estivos meses
y en las horas de calma y de sosiego,
oirás crugir las undulantes mieses
al rumor de cien ósculos de fuego...
La juventud agitará sus palmas
ansiosa del amor, y por tus sendas
se cruzarán las almas
para que en noble fuego las enciendas...
la virgen que en su encanto se adormece,
el corazón que adora,
la conciencia que duda y desfallece,
el pensamiento que oprimido llora,
el joven y el anciano...
todos en tí confían,
¿y pasarás, y pasarás en vano
sin que nuevas auroras nos sonrían?

—

Para buscar el bien sufre, trabaja,
y descubriendo baja
y encontrarás al fin luz y tesoro.
Huye del mundo y en su amor se encierra
constante la virtud. ¡También el oro
se oculta en las entrañas de la tierra!

—

¡Ah! Cuando al fin tu majestad sucumba,
¿han de volver sobre tu helada tumba
los vicios vencedores,
las abejas en torno de las flores
y el milano siguiendo á las palomas?
¡Ay! ¿por qué no cegar tantos abismos
de horrible perdición? ¡Nuevas Sodomas
claman por otros nuevos cataclismos!
Desplómese tu furia vengativa
y queme tantos cánceres abiertos.
¡Donde fué la ciudad soberbia y viva
las ondas lloren de los mares muertos!
En pos del triunfo la virtud que gime
se sacrificará. ¿Tiemblas? ¡No en vano
con la sangre del justo se redime
toda la culpa del linaje humano!!
Siempre la redención es misteriosa
y sangre y lucha en sus hazañas cuenta;

¡al salir á volar la mariposa
el capullo se arruga y ensangrienta!!
Si es preciso morir la muerte espero,
y muera el mal, y tu justicia horrible
alumbre la extensión del mundo entero...
¡Muchos te llamarán «¡Año terrible!»
y las virtudes «¡Año justiciero!»

Madrid, Enero, 1883.



SUEÑO DE GLORIA

—

ODA

A

D. ANTONIO SANCHEZ MOGUEL



SUEÑO DE GLORIA.

EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE LA MUERTE DE
D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA.

ODA.

SAGRADA inspiración besa mi frente;
llena con tu fulgor el alma mía;
aún avasalla la ilusión ardiente
mi loca fantasía
que vuela audaz desde la Tierra al Cielo;
enciende mi memoria,
lleva tras sí mi palpitante anhelo...
¡Sueño hermoso y febril! ¡Sueño de Gloria!

—

¡Oh sueño bienhechor!... Tú me has llevado
á recorrer en tus potentes alas
las regiones inmensas del pasado.

¿Qué es de aquel pueblo cuyo nombro solo
repetían los ecos de la gloria
desde el desierto hasta el lejano Polo;
que con sus triunfos abrumó á la historia;
cuyos heraldos vieron
cómo altivas, innúmeras naciones,
honradas se rindieron
al tremendo rugir de sus leones?

—

Tras ocho siglos de pelea airada
en que el valor sus ímpetus desplega
llegó el Cristiano á la anchurosa vega,
brilló la Cruz en la oriental Granada.
¡Gloria!—exclamaba el vencedor cristiano,
mientras que, abandonando su retiro,
el fiero Mahometano
daba su último adios al cielo hispano
de su débil monarca en el suspiro.
De Colón al esfuerzo sin segundo
audaz si débil flota,
del mundo vuela á la región ignota.
Cual de ninfa contorno pudibundo
que en las cascadas de las selvas brota,
surgía un Nuevo Mundo en Occidente;
¡el amado del mar! Constantemente
lo adormece velándolo en sus brumas,

lo arrulla con monótonos cantares,
y él, en la arena de sus playas, siente,
el beso de las cándidas espumas
de las hirvientes olas de los mares.
La bandera española,
por el triunfo invencible coronada
en San Quintín, Pavía y Cerignola;
por las brisas de Méjico arrullada
de Chile y del Perú, sobre los Andes
dirigía á dos mundos su mirada;
llevaba invicta á Flandes
el valor, la constancia y el espanto,
uncidos á su carro de victoria,
y escuchaba los ecos de su gloria
en el revuelto golfo de Lepanto!

—

Ya España no es la dueña de la Tierra,
ya no domina la gentil matrona,
y va impasible la furiosa guerra
florones arrancando á su corona.
La noble patria dolorida escucha,
de las sierras tendida por las faldas,
el estertor horrible de la lucha;
se agostan en su frente las guirnaldas
que halagador el triunfo le ciñera;
yace á sus piés inmóvil la bandera

que hace poco se erguía vencedora;
yace por tierra el desceñido manto;
lleva el viento su voz desgarradora,
y bajo el peso de su atroz quebranto
sobre los restos del pasado llora!...
Pero ¿qué es esto? ¡oh Dios!... Su faz sombría
ilumina un destello de alegría!
¿Por qué hermoso convenio
su faz meditabunda se ha alegrado?
Es que la voz del genio
en sus dulces oídos ha sonado...
¡La luz del Arte á sus pupilas llega!
¡Despierta pronto! ¡Calderón te llama!
¡Esa luz que te ciega
es el vívido rayo de su fama!!

—

¡Calderón! ¡Calderón!... El alma mía
tan sólo piensa en él en este instante;
ya le miro con ciega idolatría
luchar en Flandes y en Milán valiente;
ya dominando en su ardorosa mente
el austero pensar del sacerdote;
siempre guiando con destreza suma,
aquella rica pluma,
de los vicios y el mal constante azote.
¡El genio iluminando el pensamiento,

y la honradez su corazón ferviente,
y su conciencia la virtud querida,
tras sí dejando resplandor ardiente,
como un rayo que cruza el firmamento
atravesó los mundos de su vida!

—

Como el grandioso espacio
son sus obras inmensas, insondables;
á medida que el hombre, terco, avanza
penetrando sus senos misteriosos,
encuentra un *más allá* por esperanza.
¡*Dios*, *Patria*, *Honor!* vivísimos raudales
de luz que inundan con hermosos rayos
de Calderón las obras inmortales!
Al remontarse en su grandioso vuelo
de aquella edad, el hombre
hallaba á *Dios* al contemplar el Cielo;
Patria, al mirar con éxtasis el suelo
que la cuna meció de su existencia;
y *Honor* altivo, con sublime anhelo,
el abismo al sondar de la conciencia.
Ya el juguetón ingenio
rebosa en las comedias que pasaban
de la pluma al proscenio,
y entre enredos, y lances, y amoríos,
tienen la suavidad murmuradora

de las ondas bullentes de los ríos;
ya se desborda la pasión rugiente,
y tienen la aspereza abrumadora
de los montes de espuma del torrente!

—

Hay en la historia genios de la guerra,
cuyas grandes hazañas
amedrentada contempló la Tierra.
Vence Alejandro: innúmeras naciones
yacen tristes, rendidas á sus plantas
ante el poder audaz de sus legiones.
César vence también; valiente doma
los extensos dominios de la Galia
bajo la fuerza de la invicta Roma,
y en roja sangre vencedor inunda
los campos memorables de Farsalia,
y las campiñas fértiles de Munda.
Vence Napoleón; aquel coloso
que soñó con tener el ancho mundo
á su genio potente dominado;
su genio altivo, como el mar profundo,
¡como el Vesubio ardiente y elevado!
Sus hechos se conservan en la historia,
que ha grabado anhelante
cada hazaña inmortal, cada victoria;
mas, amenguando su esplendor brillante,

gotas de sangre cálidas é hirvientes
vengadoras salpican
los laureles que ciñen á sus frentes.
No Calderón así; noble pelea
contra el vicio y el mal férvido entabla...
¡Mas su acero es la idea
con que á los pueblos y á los siglos habla!

—

Ante mi vista cruzan
creaciones de su mente, engrandecidas
por la fuerza vital del pensamiento.
El noble Segismundo,
ya en la caverna, ó de sus actos dueño,
es emblema profundo,
que *la vida* del hombre *es* breve *sueño*.
Ya *El Príncipe Constante*,
más de su fe que de su vida amante.
Almeida, que discreto
á castigar su deshonor se lanza,
y al *Agravio secreto*,
secreta opone la feroz *venganza*.
Semíramis, retrato
de la loca ambición que al crimen lleva,
por ella pierde el femenil recato,
el maternal amor, la fe jurada,
hasta que al fin el desengaño prueba

por su ambición hasta el morir guiada.
El *Tetrarca*, que arrójase á los mares
buscando entre su furia desolada
lenitivo mortal á sus pesares.
Ya Crespo, que frenético acaricia
la venganza feroz de su deshonra,
y por la senda va de la justicia
á castigar las manchas de su honra.
Ya Gómez Arias, pérfido y malvado,
sufriendo la expiación de su pecado
por los Cielos maldito;
ya Justina, que lucha á brazo airado
venciendo á las caricias del delito...

—

¡Despierta, España sin rival! ¡despierta!
¡Álzate al fin de tu letal marasmo!
¡Cubra tu noble faz pálida y yerta
el vívido carmín del entusiasmo!
¡Alzas al fin la frente marchitada
por el duro dolor! ¡hermosa ondula
tu bandera á los aires desplegada,
la riza el viento y cánticos modula!
¡Hablas, hablas al fin! ¡bendita seas!
Recuerdas lo brillante de tu historia;
lo primero que alegre balbuceas
son los dos gritos «¡Calderón!» y «¡Gloria!»

¡Entusiasmo sin fin! Ese camino
te llevará entre cantos de victoria
á la altura inmortal de tu destino.
Allí, cuando la luz de la grandeza
ciña con fulgurantes resplandores
alzada al Cielo tu gentil cabeza;
cuando dos mundos con tu nombre llenes,
cuando el dolor ante el placer sucumba,
arranca una corona de tus sienes
y corre á deponerla ante su tumba;
y si algún día, por falaz perfidia,
palidecen los rayos de su gloria
al pasar por las nieblas de la envidia,
¡no dudes nunca en elevar tu frente!
¡Tan sólo al débil la maldad consterna!
¡No te rindas al mal indiferente!
¡La noche no es eterna!
¡El sol vuelve á surgir por el Oriente!

Madrid, Abril, 1881.



II

NARRACIONES

AL

SR. D. EDUARDO BENOT

LA FUENTE DE LAS XANAS

TRADICIÓN ASTURIANA

A

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

En su incomparable compañía y guiado por su cariñoso consejo, escribí esta alborotada tradición. Acéptela V. como un homenaje á su querida Asturias y un recuerdo de aquellos felices días de *Matamoros*, y suplan á lo pobre de la ofrenda el cariño y la admiración y voluntad con que se la ofrezco.

Madrid, Enero, 1883.



I.

LAS XANAS.

Allá en los valles de Asturias,
y entre montañas agrestes
coronadas por diademas
de luz, de fuego ó de nieve,
y bajo las ondas claras
de las escondidas fuentes,
viven las Xanas, cantando
con dulce voz, que parece
el susurrar de la brisa
cuando la espesura mueve.
Son de bellísimas formas,
y muy pequeñas, y tienen
muy larga la cabellera

del color de rubias mieses,
y muy pequeños los ojos
donde el alma se adormece.
  Y es de ver allá en la tarde,
mientras que, lánguidamente,
en el sereno horizonte
las luces trémulas mueren,
surgir en ceñido coro
que gira rápidamente
á las Xanas y cäer
de sus desplegadas vestes,
que la brisa caprichosa
y liviana desenvuelve
y riza, trémulas gotas
de agua azul, que, al desprenderse
con el rumor lastimero
de un ¡ay! que se desvanece,
semejan lágrimas puras
que una virgen inocente,
desde su trono de nubes
por su amor perdido vierte,
mientras que el Señor arranca
un tibio fulgor celeste
para alumbrar aquel llanto
que se agita, y tiembla, y llueve.
Y sus cantares prosiguen

hasta que al rumor alegre
de las muchachas que, el cántaro
al hombro sujeto, vienen
á despertar con sus risas
á las memorias que duermen,
como un sueño ante los rayos
de la luz se desvanecen,
y envolviéndose en las aguas
movidas, calladamente
vuelven á dejar tranquilo
aquel espejo celeste
en donde se quiebra el último
reflejo del sol ardiente
que en su brillante agonía
luce, y salta, y vibra, y muere...!

II.

LA FUENTE.

Entre unos árboles,
cerca del pueblo,
hay una fuente
cuyos recuerdos

cantan las niñas,
lloran los viejos.
Allá, en su fondo
¡qué triste acento!
En sus murmullos
¡cuánto misterio!
Todo es solemne
recogimiento,
aquellas sombras,
y aquel silencio,
las puras aguas
que van corriendo,
después los árboles,
después el céfiro,
después las nubes,
después el cielo...!
¿Qué van buscando
con tal empeño
en su brillante
cristal sereno,
esas muchachas
que con anhelo
mal contenido,
mueven el seno
de aquellas aguas
y oyen el eco

de aquel murmullo
siempre despierto?
Una es morena,
de rostro bello,
de dulce gracia,
de talle esbelto,
de ojos profundos
en cuyos centros
de sombra saltan
blancos reflejos...
¡Divina imagen
que siempre llevo
en mi memoria,
grabada en fuego!
¡Otra era rubia,
de ojos de cielo,
miradas lánguidas
como el deseo,
voz misteriosa,
labios muy secos,
como esas flores
en cuyos pétalos
descoloridos
ó amarillentos
tan sólo brillan,
desfalleciendo,

los rayos fríos
del sol de invierno!
Las dos entonan
cánticos tiernos,
y ambas saltando
por los senderos
que el valle cruzan
curvos y estrechos,
unen sus brazos,
doblan sus cuellos,
corren y cantan
con dulce acento,
en esas horas
en que el misterio
duerme velado
por el silencio
entre las brisas
del alto cielo,
cuando, ensanchándose,
va el sol muriendo,
cuando en sus ondas
arrastra el viento
notas perdidas,
vagos ensueños,
tristes rumores,
dulces lamentos,

sombras, murmullos,
ayes y besos.

—

Es una tarde
del mes de Enero;
junto á la triste
fuente, gimiendo
la rubia llora
con desconsuelo,
mientras le dice
la de ojos negros:
«Por Dios no llores,
no llores; quiero
sobre mi frente
sentir tu aliento,
mirar tus claros
ojos serenos,
sin que una lágrima
turbe su cielo!
¡Ay de las flores
que troncha el viento!
También el aire
besó mis pétalos,
bajé la frente
sentí los besos
y las caricias

del desenfreno
pasar volando,
seguir huyendo;
guardé mi aroma,
burlé su empeño,
y hoy los amores
puros y tiernos
llenan de rayos
mi pensamiento...»

—

¡Ay, de la virgen!
¡Ay, de los sueños!
Tendió la nube
su oscuro velo,
corrió la sombra,
la luz ha muerto...
¡que es la pureza
como un espejo,
ay, que se empaña
con el aliento!!

III.

LA CAÍDA.

En el fondo de la fuente
un gemido se escuchó,

y bajo los verdes árboles
una Xana apareció.

—

Y las jóvenes sintieron
presa de ardiente ansiedad
el corazón, y las Xanas
decían: «Entrad. Entrad.»

—

Se abrieron las aguas, gimieron las ondas
con triste rumor;
entraron las jóvenes y encima las aguas
se unieron, guardando los besos del sol.

IV.

EL EDEN.

En el fondo de la fuente
y con las trenzas doradas
cayendo desde la frente
á las manos enlazadas,
formando risueño coro,
envueltas en los fulgores
de una luz de rosa y oro
y coronadas de flores,

con alegre acento blando
preludiando
su canción estremecida,
las Xanas vienen cantando
á darles la bienvenida.

—

Y su carrera detienen
al ver venir á su hermana
y á las jóvenes que vienen
de las manos de la Xana,
y en su busca se lanzaron
con delirantes excesos,
y abrazáronse y saltaron
carcajadas entre besos,
y al rumor de la armonía
que rompía
misteriosa y placentera,
suspendieron su alegría
y siguieron su carrera.

—

¡Qué palacios! ¡qué jardines!
y ¡qué fuentes! y ¡qué flores!
Ángeles y serafines
no las soñaron mejores.
¡Qué grutas para el amor!
¡Qué cielo para el placer!

Ese arroyo seductor
¿qué va diciendo al correr?
¿qué repite al susurrar
de un cantar
que las quiere perseguir?
Les va diciendo: «¡Esperar;
porque esperar es vivir!»

—

¡Qué celestial armonía!
...Y siguieron su camino
por una gran galería
de mármol alabastrino,
cuyos mil arcos se alzaban
al infinito, y perdiendo
sus contornos, se enlazaban
como si fueran corriendo,
en horizontes distantes,
con cambiantes
azules y carmesíes
y reflejos de diamantes
y zafiros y rubíes!

—

¡Y escuchan en su carrera
una voz que vibra y muere
y les va diciendo: «Espera,»
y otra que les dice «Quiere.»

Y sus almas que suspiran
por halagos de pasiones
huyen, y saltan, y giran
buscando á sus ilusiones,
y sintiendo en el murmullo
de tal dicha y tal arrullo
esa ansiedad misteriosa
con que, al romperse el capullo
se escapa la mariposa!

V.

PREMIO Y CASTIGO.

Y entonces, por los arcos de la ancha galería
la luz quebró sus ondas, y un lívido fulgor
como el que al mar corona, cuando la luz del día
fugaz se desvanece, sus nieblas levantó.

—

Y vieron que se alzaban con juego caprichoso
mil sombras que corrían con trémulo vaivén,
y oyeron de la vida el eco misterioso
y vieron abrazadas la dicha y el deber.

—

En mágicas visiones cruzaron una á una,
el triunfo sacrosanto de la feliz pasión,

la madre que inclinada al borde de la cuna
bendice sollozando las glorias del amor...

—

Y al punto dos hileras de Xanas presurosas,
las unas coronadas de lúgubre ciprés,
lanzando roncos gritos, ajando frescas rosas
y levantando llamas con sus menudos piés;

—

Las otras de claveles, y mirtos, y azucenas
ceñidas, y entonando suavísimo cantar
más dulce que los cánticos que gimen las sirenas
durmiéndose al arrullo del beso de la mar,

—

Asieron á las jóvenes, que, al ver estremecidas
aquellos rostros lívidos y aquel ardor febril,
y aquellas frentes lúgubres, quedáronse dormidas
fingiendo hermosos ángeles tallados en marfil.

—

Y aquellos tenues cánticos de pena ó de fortuna
sus notas repetían con fúnebre clamor...
«Hé ahí lo que has perdido.» gritaban á la una.
«Hé ahí lo que has ganado.» la virgen escuchó.

—

Vertiéronse en lo alto de aquella galería
dos mares que luchaban partiendo su poder;

la noche tenebrosa; la luz y el sol y el día;
los ayes del martirio; los ecos del placer.

—

Y las furiosas Xanas asieron á la rubia
que hacia la sombra horrible sentíase arrastrar,
la de los negros ojos entre impalpable lluvia
de besos, coronábase de lumbre celestial;

—

Y con las dulces Xanas que hacia la luz subieron
huyó, dejando huellas de resplandor azul;
las aguas del estanque, dulcísimas crugieron
y al descender, uniéndose, besáronse en la luz.

VI.

FIN Y MORALEJAS.

Entre nubes de arrebol
aparece la alegría,
¡cuánta luz...! ya viene el día,
canta el ave, surge el sol.
Y con doloroso afán,
dos mancebos velozmente
llegan corriendo á la fuente,
diciendo «¡No están. No están!»

—Así, con trinos de amor
el polluelo se despierta
llamando á su madre, muerta
al tiro del cazador.—
Y de la fuente las ondas
comenzáronse á agitar,
y entonces vieron flotar
rápidamente las blondas
cabelleras de las Xanas,
y después surgir serena
á aquella virgen morena,
seguida por sus hermanas
en virtud y en hermosuras,
leves círculos hendiendo,
trémulas gotas cayendo
de sus blancas vestiduras.
Y llorando, un mozo dijo:
«¡Mi luz, mi cielo, mi Rosa!»
y á recibir á la hermosa
fué con dulce regocijo.
Y llorando preguntó
el otro mozo «¿y en donde
está mi luz?» y responde
una Xana: «¡Pereció!»
«No la esperes. Te has cubierto
con la tierra que has movido.

Con tu infamia la has perdido.
No la busques más. ¡Ha muerto!»
Y el mozo con ciego afán
en un árbol se apoyó
desesperado, y no vió
á las Xanas, que se van
hundiendo bajo la fuente,
y á la dichosa pareja
que por el bosque se aleja
suspirando alegremente.
Y después en su agonía,
y de la fuente en el fondo
oyó un quejido muy hondo
y lúgubre que decía:
«Cesa en tu inútil gemir.
¡Ya que no has sabido amar,
al menos sabe esperar,
porque esperar es vivir!»

Matamoros, Abril, 1882.

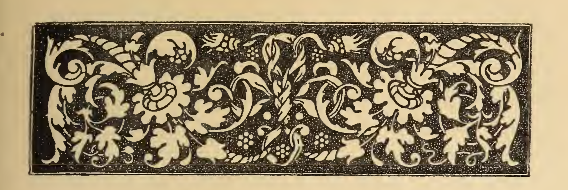




DOS HISTORIAS EN UNA

A

MANUEL DEL CASTILLO



Mi corazón se resiste...
¡Qué tarde! ¡qué fría calma!
No comprendo en qué consiste;
mas si está la tarde triste,
también tengo triste el alma!

—

Cruzaban mi pensamiento
las ideas del momento,
siempre altivas, siempre graves,
y arriba en el firmamento
iban volando las aves.

—

Allá en la riscosa altura,
bañando su arquitectura
del sol en el rojo brillo,

dominaba la llanura
el arruinado castillo.

—

Ya en los valles el viajero
apenas si ve, de luz,
el rayo tibio y postrero
que está dorando la cruz
del recodo del sendero.

—

Va la noche lentamente
subiendo por la pendiente
de la abrumadora cumbre
que siente la pesadumbre
de aquel castillo imponente,

—

y en tanto el sol baña arriba
su negra mole, que asombra
al mal, pareciendo altiva
un Titán de luz muy viva
engendrado por la sombra!

—

Velozmente caminé;
luégo, por mi mal destino,
en un árbol me apoyé,
cuando allá por el camino
unas voces escuché,

y al proseguir jadeante
por el sendero escabroso,
me encontré casi delante
de una mujer y un hermoso
niño de alegre semblante.

—

Muy triste aquella venía;
la luz á sus ojos bellos
melancólica afluía,
cual los últimos destellos
de aquel espirante día.

—

Tenía en sus formas bellas
lo apacible del fulgor
de las pálidas estrellas;
en su faz, las duras huellas,
innegables, del amor.

—

Caminaban lentamente,
y el niño, con voz doliente,
decía quedo, muy quedo:
«Aprisa, hermana, no hay gente;
tengo miedo, mucho miedo.»

—

«¿Que tienes miedo? ¿De qué?
¿De qué tienes miedo, gloria?» —

«¿No lo sabes?» — «No lo sé.» —
«¿De qué tal miedo tendré?...
Del castillo de la historia!»

—

En aquel crítico instante
me vieron, con emoción;
alcé al castillo, vibrante
la vista, y dije anhelante:
«¿Tiene *aquello* tradición?»

—

«¿La sabéis?»—«Perfectamente.» —
«¿Queréis contármela?»—«Sí.»
Llegamos junto á una fuente,
y ella, dulce y complaciente,
la relató.—Dice así:

—

«Tras aquellos murallones,
nidos de oscuras prisiones,
cuyos duros calabozos
no ablandaron ni sollozos,
ni gritos, ni maldiciones,

—

»vivía un Conde malvado,
que dejó doquier grabado
el sello de su furor,

solamente dominado
por el niño del amor.

—

»Él á una hermosa quería
y á su madre idolatraba;
y cuando no enloquecía,
fiel á las dos consagraba
todo el espacio del día.

—

»Junto á la tranquilidad
vive siempre la inquietud;
junto al error, la verdad;
junto al crimen, la ansiedad;
junto al vicio, la virtud!

—

»Junto al amor la sospecha
siempre iracunda vivió;
al Conde vil dirigió
su aguda, heridora flecha,
¡y el malvado sospechó!

—

»Sospechó que á otro galán
su amante, infiel, adoraba;
sospechó, ¡maldito afán!
que su madre acrecentaba
el fuego de aquel volcán.

»Ardió en malditos anhelos;
Satanás reía, y Dios
llorando estaba en los cielos;
creyó realidad sus celos,
é hizo matar á las dos.

—

»Y al contemplar la agonía
de aquella hermosa mujer
que adoró, diz que decía,
colérico: «¡No has de ser
»más que de la muerte ó mía!»

—

»Pasó el criminal momento;
meditó su pensamiento,
y algo tenaz y maldito
levantó su agudo grito:
¡gritaba el remordimiento!

—

»Cuentan que cuando moría
esa luz crepuscular
con que se despide el día,
rojos espectros veía
entre las sombras flotar...

—

»Y bajaba una cabeza
por el cielo, y otra en pós,

y con lúgubre tristeza
en la altiva fortaleza
entraban juntas las dos.

—

»Buscaba al Conde inclemente
su madre, y sin el encono
que nunca una madre siente,
á su oido balbuciente
exclamaba: «¡Te perdono!»

—

«En su frente delirante,
dejaba un ósculo impreso;
la otra después, anhelante,
en la frente de su amante
dejaba el ardor de un beso;

—

»Y luégo las dos, llorando
con murmullo tenue y blando
aquel iracundo anhelo,
¡iban volando, volando
hacia la altura del cielo!...

—

»A la mañana siguiente
á la noche en que sufrió
aquella inquietud creciente,

dos gotas de sangre vió
el Conde en su oscura frente!

—

»No terminó su agonía
abrumadora jamás,
pues sobre su frente había,
al despertar cada día,
dos sangrientas gotas más.

—

»Y aquel martirio sin fin
destrozó su alma ruín,
hasta que, lívido y yerto,
una tarde cayó muerto
en la arena del jardín.

—

»Tal es la historia, señor,
de ese engendro del furor.
Dispensad mi desaliño.»—
Yo callaba, y sólo el niño
dijo triste: «¿Y qué es amor?»

—

Contemplé el llanto lucir
en los ojos de su hermana;
no sabiendo qué decir,
dije al verle sonreir:
«Te lo contaré mañana.»

Y después de saludar
pareja tan singular,
seguí por donde ella vino,
dejándola descansar
á la orilla del camino.

—

Cuando al despertar el día
abandoné la cabaña
donde reposado había,
y hacia la negra montaña
mis anhelos dirigía,

—

ví mucha gente correr,
oí mucho sollozar
y mucho compadecer;
¡cuán grande fué mi pesar
tanta desventura al ver!

—

¡Qué bien se cebó la muerte
en el rostro terso y blanco
que ví por mi mala suerte!
¡Cómo descansaba inerte
en el fondo de un barranco!

—

Muerta, por su amor, estaba
¡ay! la que ayer sollozaba

al narrar tantos dolores;
¡por eso tan bien contaba
aquella historia de amores!

—

Y aquel niño, en su candor,
sin comprender su dolor:
«Cumple, cumple tu promesa»
me dijo, y salta, y me besa,
y me dice: «¿Y qué es amor?»

—

. . . .

¡Qué alegre está la mañana!
La brisa, dulce y liviana,
la hermosa enramada agita...
¡Qué bien suena la campana
de la torre de la ermita!

—

¡Cómo, cruzando la esfera,
del céfiro á los rumores,
la aromosa primavera
va esparciendo en su carrera
blandos besos, gayas flores!

—

Mi corazón no resiste
placer tan vivo y profundo.
No comprendo en qué consiste;
mas... ¡cuando está el alma triste,
qué triste parece el mundo!

Cádiz, Julio, 1881.





LA LOCA DEL CASTILLO.

LEYENDA.

I.

LA LLEGADA.

La tarde va á morir. Tiende su sombra
el castillo imponente,
del hondo valle en la florida alfombra.
¡Él Castillo del Aguila! Fulgente,
en sus torres que se alzan gigantescas
aún recibe la luz del sol poniente.
¡Así se debe alzar el moribundo
que frenético, pálido, impaciente,
quiere dejar el mundo
con un rayo de sol sobre su frente!
En su vieja muralla, carcomida

por la furia del cielo,
el ave audaz anida;
el ave que después tiende su vuelo
ansiosa de las auras de la vida.
Subiendo crece escaladora hiedra
entre los huecos de la dura piedra,
desde la verde y tétrica espesura
que del castillo abraza
la gigante y sombría arquitectura,
hasta la inmensa altura
del pardo torreón del homenaje,
entre cuyas almenas indecisa
la soñolienta brisa
besa lánguidamente su ramaje,
que se inclina temblando ante el empuje
del huracán salvaje
cuando de torre en torre silba y ruge.
Sobre la enorme puerta del castillo,
y entre los dos pilares cenicientos
que sufren las cadenas del rastrillo,
vencedoras de rayos y de vientos,
se ve marmóreo escudo
de grandeza y poder símbolo mudo,
y á sus lados en recta galería
detrás de las robustas barbacanas,
cortan del muro la aridez sombría

las abiertas y góticas ventanas,
cuyos limpios cristales
filtran allá en la noche silenciosa
de tibia luz suavísimos raudales,
entre cuyo fulgor, dormido y vago
lánguida sombra soñolienta gira
como la bruma sobre el terso lago,
mientras que en el salón dulce suspira
una voz de un encanto indefinible
que llora quejas de amoroso empeño...
¡Siempre en un sueño nace lo imposible
que es infinito y vago como un sueño!

—

Ya el invierno llegó. Por eso es breve
el claro imperio de la viva lumbre,
por eso ciñe la brillante nieve
del alto monte la velada cumbre,
y se quiebra del sol la luz rosada
de la neblina helada
en el húmedo manto,
¡cual si fuese la luz de una mirada
que flotase entre llanto!

—

Mientras que el mundo gime
acompañando con solemne coro
la agonía sublime

del sol que espira en ráfagas de oro,
un tropel de caballos
por la espesura marcha,
abriendo con el golpe de sus callos
sus curvas huellas en la fina escarcha.

—

Confusamente en animado grupo,
como ideas de un mismo pensamiento,
marchando van sombríos y veloces,
dejando en alas del helado viento
sordo murmullo de sedosas telas,
gemir de ramas y rumor de voces,
chocar de aceros y crugir de espuelas.

—

Ceñida la alba frente
por el casto fulgor de la mañana,
envuelta en sombras la pupila ardiente
por el dolor de la inquietud temprana,
enlazando en su rubia cabellera
de la luz temblorosa los reflejos,
y absorta su mirada cual si fuera
buscando su ilusión lejos, muy lejos...
una hermosa de rostro nacarado,
como el primer destello de la aurora
en los mares domidos reflejado,
pálida y triste llora,

y de un balcón sombrío de su torre
oprimiendo la negra balaustrada,
mira al torrente que en el foso corre,
y en las ondas abisma su mirada
con mayor ansiedad cada momento,
como si allá, en el fondo estremecido
se escuchase el murmullo de un acento
que promete las dichas del olvido.

—

Volvió luégo sus ojos con dulzura
á la verde espesura,
y creyó divisar en la vereda
del oculto camino,
que descubierto queda
un instante no más, un torbellino
de sombras y de luces,
entre cuyas cascadas
relucían reflejos de arcabuces,
y esas como fatídicas miradas
que despiden las cruces
de las limpias espadas!
«¡Ilusión! Ilusión!» dijo la hermosa
con tristísimo acento de agonía.
«Por aquella vereda silenciosa
»siempre mi amor venía,

»cuando las tersas nubes de oro y rosa
»el fatigado día
»con sus últimos besos encendía.
»¡Nunca más volverá! ¡Mi amor ardiente
»duras sendas bordadas con abrojos
»encuentra solamente!...»
¡Y luego enmudeció, cerró sus ojos,
cruzó sus manos é inclinó su frente!

—

Al resplandor suavísimo de plata
que esparcía el crepúsculo en la esfera,
la breve cabalgata
seguía por el bosque su carrera.
Entre el revuelto grupo, va delante,
en un potro andaluz, un caballero
de mirar vacilante,
negros ojos y pálido semblante,
dominando con ímpetu certero
del veloz alazán fuerte y brioso
el trote demasiado impetuoso
en las continuas vueltas del sendero.
Quiere olvidar sus penas, pero en vano
se resiste á la hiel de su amargura;
la capa roja sobre el hombro echada
vuelve, y febril, con la siniestra mano

acaricia la tersa empuñadura
de su colgante espada.
Lleva el sombrero el ala levantada,
y la flexible y blanquecina pluma
descuella entre el celeste terciopelo
como tenue girón de blanca bruma
sobre el azul purísimo del cielo.

«Dios ilumine mi cansada frente;»
exclamó levantándose en la silla,
mientras que el potro que el rendaje siente
la doblada cerviz al suelo humilla.

—

«Ya estoy cerca»—pensó,—«cerca. No puedo
»apaciguar mi espíritu. Muy quedo
»oigo la helada mano de la duda
»que va buscando el corazón. El miedo
»torpe lo envuelve en su tiniebla muda.
»¡Ilusión! ¡Ilusión! ¡Fugaz quimera!
»¡Ya en el vergel del cielo es flor temprana!
»Ya mi bien no me espera
»tras el limpio cristal de su ventana.
»¡Oh! ¡Cerca!»—murmuró.—«¡Si! Ya diviso
»del bosque entre ramaje
»el contorno indeciso
»del viejo torreón del homenaje.

»Ya se escucha el murmullo impetuoso
»del río que sus ondas precipita
»en el cortado foso.
»¡Más ligero corcel! ¡Cómo palpita
»mi corazón! El alma no se atreve
»á recordar la luz de sus pasiones...
»¿Es un fantasma aquello que se mueve
»tras los altos balcones?
»¿Es un sueño feliz? ¡Nó! Reclinada
»solloza una mujer tras la revuelta
»sombría balaustrada.
»¿Pero quién puede ser? ¡Elvira! ¡Elvira!
»¡Tu amante soñador está de vuelta!
»Alza sus ojos... ¡Sí! ¡Soy yo! ¡Me mira!
»¡Soy yo! ¡soy yo! ¡Jesús! ¡yo desvarío!
»¡Ah responde! ¡Su voz! ¡No, si no miento!
»Es Elvira... ¡Dios mio!
»¡Es mi amor! ¡Es muy bella!
»¡Es muy dulce su acento!
»¡Es un ángel! ¡Es ella!»

—

«¡Ah! ¿qué pasa por mí?» dijo la hermosa
encendiendo su pálida hermosura.
»¡El es! ¡Mi amor! ¡Don Juan! ¡Suerte dichosa!
»Salió de la espesura,
»subió por la montaña, se percibe

»el rumor de su planta presurosa...
»¡Me matan la emoción y el regocijo!

....

Y una voz en la torre dijo «¡Vive!»
y otra voz en el valle «¡Vive!» dijo.

II.

FRENTE Á FRENTE.

Velozmente llegó Elvira
junto al marco de la puerta,
cuando oyó sordo murmullo
de voces roncas y fieras,
y de puñales chocando
en las espadas inquietas,
que subía desde el fondo
de la anchurosa escalera.
Todo está entre sombra envuelto;
el ancho salón apenas
se divisa á la espirante
luz de una lámpara trémula,
que lentamente oscilando
delante de un Cristo cuelga.
Adornan la rica estancia

blancos divanes de seda,
y de la luz los destellos
temblorosos se reflejan
en el acero bruñido
de las cotas milanesas
que entre cascos y mandobles
y puñales y cimeras,
en elevadas panoplias
su lujo y su brillo ostentan.
Tendida sobre los hombros
la rizada cabellera,
manchada de fresca sangre
la ceñida capa negra,
agitando tembloroso
el fino acero en su diestra,
los ojos lanzando chispas
y la frente descubierta,
Don Juan penetró en la cámara
gritando con voz siniestra:
«Si eres tan solo la sombra
»compasiva de la muerta
»roza un momento mis labios,
»un solo instante siquiera
»para volver á sentir
»el amor de la existencia;
»pero si todo es un sueño,

»si aún me quieres y aún alientas,
»ven á mis brazos; Elvira,
»ven que mis brazos te esperan!...»
Nada contestó la hermosa,
quiso hablar y sus primeras
palabras la sofocaron;
mil angustiosas ideas
tendieron sobre su frente
pálida sus nubes negras,
y el llanto cegó sus ojos
como lluvia de sus penas.
Pensó en Don Juan, en su amor,
en su desdicha, en sus tiernas
esperanzas, en sus dudas
implacables y violentas,
en la cólera terrible
de su opresor, y resuelta,
envolviéndose en las sombras
cada vez menos espesas,
en un divan desplomóse
con la color cadavérica
y con las manos cruzadas
y abatida la cabeza.
«¿No estás, Elvira, no estás?
»dí, ¿por qué no me contestas?»
el joven gritó; «¿por qué?»

«¿Ni tu imagen hechicera
»puede venir un momento
»á consolar mis tristezas?
»Ven, hermosa, ven. ¿Olvidas
»quizás mi pasión inmensa?
»Contéstame. ¿Dónde estás?
»Mi amor, mi bien... ¿No recuerdas
»aquella noche de amor
»y aquellas dulces promesas?...
»¡Ah! ¡ya! por eso quería
»esa cobarde ralea
»con sus aceros y lanzas
»impedirme que subiera...
»Pero no, si no es posible,
»no es posible, Elvira, deja
»que te abrace, que me escuches,
»que me mires, que te vea!...
»Oigo tus gemidos lánguidos
»y miro como reflejan
»la luz tus ojos de cielo...
»¿Por qué tu figura esbelta
»se oculta desvaneciéndose
»en las sombras?... ¿Te amedrenta
»mi acero? Pues bien ¡ya tienes
»libre de rayos mi diestra!...
»¡No sueño! Ven á mis brazos.

»¿Por qué lloras? ¿Por qué tiemblas?
»¿Por qué gimes? dí, ¿te ahogan
»mis brazos cuando te estrechan?
»¡Cómo late apresurado
»tu corazón!... ¡Ven! ¡más cerca!
»más aún... ¡qué hermosa estás
»Elvira!... ¿Por qué te alejas?
»¿Qué es lo que dices?... ¡Dios mio!
»¿Que te abandone? ¡Sospechas
»dejadme! ¡Dejadme! ¡Elvira!
»¿Que va á venir? ¿Quién? ¿Teresa?
»¿Tu madre? ¿Que ha muerto dices?
»¿Pues quién va á venir? ¡Contesta!
»¿Don Iñigo? ¡Maldición!
»¿El te dijo que en la guerra
»perecí? ¡No, no, no puedo
»comprender tanta vileza!
»¿No sabes que él fué también
»el que la noticia horrenda
»me dió de tu muerte? Quiso
»impedirme que volviera
»para cruzarle su rostro
»con el rayo de mi ofensa.
»¿Que va á volver? ¿Por qué gimes?
»¿Por qué lloras? ¿Por qué rezas?
»¡Oh! ¿que te ha engañado? ¡Elvira!

»¿Que va á venir? ¡Pues que venga!
»¡Ah! ¡que venga! ¡pronto! quiero
»contemplarle en mi presencia
»y hablarle de amor, de honra,
»y de rabia, y de vergüenza!...
»¡No llores! ¡por Dios! ¡no llores!
»¡Ya vienen! sí, ¡ya se acercan!
»¿Oyes el ronco murmullo
»conque irritados despiertan?
»Pasos veloces y gritos
»sordos, y aceros que suenan,
»y resplandores de luces,
»y carcajadas siniestras...
»¡Ven, Don Iñigo traidor,
»que Don Juan Muñiz te espera
»con su amor entre sus brazos
»y con su acero en su diestra!!»

—

Y recogiendo su espada
corrió Don Juan á la puerta...
Apenas hubo pasado
sus dinteles, cuando en ella,
amarillento el semblante,
crispadas las manos trémulas,
Don Iñigo apareció
subiendo por la escalera.

seguido por sus criados
que empuñan humosas teas.
Tiene los ojos sangrientos,
y en desorden la melena,
y agita ansioso la espada,
y corre, y grita, y blasfema!...
Ríndese al dolor Elvira
y Don Juan con rabia ciega:
«Bajemos al valle», ruge,
»á tratar de antiguas cuentas,
»porque es justo que las pague
»el traidor que las adeuda!!»

III.

EN LA CRUZ.

En las verdes hondonadas
que forma el cauce del río
hay unas peñas quebradas,
cual negras aves, paradas
mirando siempre al vacío;

—

y en sus fondos entreabiertos,
por la trepadora hiedra

enlazados y cubiertos,
extiende una cruz de piedra
sus toscos brazos abiertos.

—

El manso río la baña
con su fugitiva espuma,
y el céfiro la acompaña
envolviéndose en la bruma
que sube hacia la montaña.

—

El viajero penitente
á sus piés mudo se postra,
y al pasar, vira de frente
el barquichuelo que arrostra
la furia de la corriente.

—

Allá por las tardes, cuando
cierra sus ojos la luz,
las aves en negro bando
giran veloces cruzando
hacia la escondida cruz

—

que la paz les asegura,
y vuelven á la espesura,
lanzando su alegre salva,

cuando en los aires fulgura
el reflejo azul del alba.

—

Allí el desdichado amante
encuentra dulce consuelo,
y en sus gradas un instante
se detiene el caminante
para contemplar el cielo.

—

Allí del puerto vecino
viene el ceñudo marino
á calmar sus ansias locas...
¡Ah! por eso el campesino
ama tanto aquellas rocas,

—

que en sus fondos entreabiertos,
por la trepadora hiedra
enlazados y cubiertos,
guarda aquella cruz de piedra
con los brazos siempre abiertos!!

—

De la ilusión engañosa
cuán presto el amor concluye...
¡Nacarada mariposa
que entre neblinas de rosa
nos besa un instante, y huye!!

Iluminando su cuna,
desde su trono, la luna
hundióse entre opaco velo;
ya no brilla luz alguna
ni en la tierra ni en el cielo,

—

y á la hermosa claridad
del argentado fulgor
sucede en la inmensidad
el silencio precursor
de la ronca tempestad.

—

Entre las encrucijadas
gemía el viento al mover
las neblinas apiñadas,
y gruesas gotas pesadas
comenzaron á llover;

—

y de improviso se abrió
de la nube el ancho seno,
y el relámpago cruzó
entre la lluvia, y rodó
por las montañas el trueno!

—

Se riza el profundo río,
se retuerce la maleza

al soplo del aire frío,
y zumba en la fortaleza
imponente vocerío;

—

y al hondo valle amenazan
nubes y rayos y vientos,
y los árboles se abrazan
y algunos se despedazan
con doblados movimientos;

—

y en la inmensa oscuridad
ayes de dolor palpitan...
¡que siempre la tempestad
y las penas, necesitan
rugir en la inmensidad!!

—

Turbados por el horror
de la tempestad rugiente,
amante y engañador
bajaron por la pendiente
sin límites del furor.

—

Y entre lluvia y viento y frío,
sin que la tormenta acalle
tanta injuria y tanto brío,

cruzan sobre el puente el río,
bajan por la cuesta al valle...

—

¡Oh! ¿quién atajar pensara
el ímpetu con que vienen?
Al fin en la cruz se para
Don Iñigo, y se detienen
mirándose cara á cara.

—

«No es posible domeñar
mi furor. ¡Basta de andar!»
—exclamó Don Juan altivo.—
«¡En la cruz han de quedar
uno muerto y otro vivo!»

—

«Pide al cielo compasión,
»porque en terrible expiación
»de tu vileza menguada,
»voy á partir con mi espada
»tu cobarde corazón.»—

—

«Basta ya de alardes fieros,»
—dijo el traidor—«A luchar.»
Y entónces los caballeros
levantaron sus aceros
que brillaron al chocar.

Y entre las sombras se envuelven,
y junto á la cruz se amparan,
se maldicen, se revuelven,
ya se cubren, ya se vuelven,
ya se agitan, ya se paran;

—

y crece la confusión,
y cuando luchando están,
con terrible convulsión
se oye la voz de Don Juan
exclamando: —«¡Maldición!»...

—

«...¡Infame!... ¡Piedad!... ¡Consuelo!...»
...Y retembló la alta sierra,
y retembló el bajo suelo,
y un hombre cayó en la tierra
y un rayo cayó del cielo!!

IV.

LAS DOS PASIONES.

El semblante contraido,
rojo hasta el puño el acero
que hundió con rabia creciente

de su rival en el pecho,
Don Iñigo delirante
quiso huir, cuando á un acento
que escuchó quedóse helado
fija la vista en el cielo.
Trémula y desesperada,
y como si fuera un eco
del grito que en los espacios
lanzaba ruidoso un trueno,
una voz oyó, y al punto
vió descender por los negros
peñascos en donde el río
se estrellaba turbulento,
á la hermosa, que en la espalda
tendido el rubio cabello,
con ronca voz, delirante
decía:—«¡Detente infierno!»—
«¡Infame! ¿no oyes á Dios
»cómo te está maldiciendo?»
Llegó por fin á la cruz,
y al ver á su amante muerto,
arrojándose en sus brazos
y con ademán violento,
gritó el asesino:—«¡Aparta,
»aparta, que ver no quiero
»una maldad tan mezquina

»junto á un amor tan inmenso!!»
¡Y se arrojó nuevamente
de su Don Juan sobre el seno,
buscando en vano la luz
en sus ojos, y queriendo
animarle el corazón
abrazándole su pecho,
y devolverle la vida
con el calor de sus besos!
Don Iñigo, tembloroso
lanzó un rugido, y soberbio,
estrechando de la hermosa
el desnudo brazo, trémulo
de coraje, así le dijo:
«Escucha, mi amor primero,
»mi único amor, mi esperanza,
»luz por la que estoy perdiendo
»mi salvación en la tierra
»y mi lugar en el cielo;
»¿no has podido comprender
»mi inmensa pasión? mis tiernos
»halagos, mis seducciones,
»mis amorosos acentos,
«¿no pueden hacer su nido
»en las sombras de tu pecho?»
«¡Calla, calla!»—dijo Elvira

mientras él siguió diciendo:
«Antes de marchar tu amor
»á batir al sarraceno,
»al pasear, de la tarde
»á los últimos reflejos,
»tus manos sobre su frente,
»sus labios sobre tu cuello,
»de aquella negra enramada
»por los perdidos senderos,
»donde las hojas crugían
»temblorosas ante vuestros
»pasos, como si lloraran
»conmigo mis sufrimientos,
»¿nunca viste entre los árboles
»dibujarse un bulto negro?
»¿nunca te trajo la brisa
»de algún sollozo los ecos...?
»Era yo, yo que espiaba
»tus menores movimientos;
»era yo, yo que sentía
»al chasquido de tus besos
»sobre el sudor de mi frente
»como un ósculo de hielo;
»era yo, yo que sentía
»como en este instante siento,
»la sangrienta mordedura

»de la sierpe de los celos!»
«¡No más! ¡no más!...» ella dijo,
y el le contestó: — «¡Deseo
»que midas por mi pasión
»la infamia de tus desprecios!
»¿Miras á Don Juan tendido
»sobre ese charco sangriento?
»¿Miras tus manos manchadas
»con su sangre? ¡Calla! ¡Quiero
»que llores, que ya he llorado
»yo bastante! ¿Ves mi acero
»que se hundió en su corazón
»audaz?... ¿Oyes el tremendo
»grito de la justa cólera
»que Dios me manda en el trueno?
»Pues escucha: todo, todo,
»es por mi amor, tan inmenso
»que no pudiendo gozar
»entre las luces del cielo
»de tu pasión desdeñosa,
»irreverente y blasfemo
»quiere hablarte de tu infamia
»en las sombras del infierno!»
Y con furia convulsiva
levantándola del suelo,
mientras la infeliz luchaba,

con el rostro descompuesto,
por huir de aquellas manos
que cual tenazas de hierro
en sus brazos imprimían
las señales de los dedos...
«Vén»—le dijo—«Vén»—¡«Jamás!»—
»Vén»—«¡Jamás!»—«Vén, que mi anhelo
es muy grande»...—«Sí, ¿muy grande?
»¿más grande que mi desprecio?»—
»¡Oh, vén! ¡El amor nos brinda
»sus infinitos consuelos!»—
«¡Nunca! ¡La muerte me llama
»con sus helados acentos!»—
«¡Oh, vén!»—«¡Nunca! ¿No comprendes
»infeliz que aunque cediendo
»á las ansias fervorosas
»de tu amor y tus deseos,
»me arrojase enamorada
»entre tus brazos abiertos,
»ese que yace tendido
»á tus plantas, en el suelo,
»*¡él!* volvería á vivir
»lívido, crispado, yerto,
»y loco, me arrancaría
»de tus brazos, aunque luégo
»volviera á caer al golpe

»repetido de tu acero?»—
«¡Elvira, tú lo has querido!
»¡Elvira, bastante tiempo
»ha arrullado la paloma,
¡ya el león está rugiendo!»
Siguió después un instante
de pavoroso silencio,
en que sólo se escuchaban
luchando los movimientos
de la desgraciada hermosa
y el ardiente caballero.
Cesó la lucha, y oyóse
después un grito siniestro
y después dos carcajadas,
y Elvira salió corriendo
escalando aquellas rocas
con manos y piés sangrientos,
y gritando: «¡Infame! ¡Infame!
«¡Te aborrezco! ¡Te aborrezco!»
Corrió el amante infeliz
junto á la cruz, y diciendo:
—«¡Ah! Maldito amor que vive
»hasta en la muerte!»—en su pecho
clavó su puñal, y alzando
los ojos al firmamento,
tembló un instante, y cayó

desplomado sobre el suelo.
En tanto la hermosa Elvira
desde la cumbre de un cerro,
destacando su figura
blanca en el espacio negro,
al resplandor de un relámpago
que brilló entre sus cabellos
como el íris en las nubes
que ante su luz se extendieron,
y con las manos cruzadas,
gritó con lúgubre acento:
«¡Infame! ¿No oyes á Dios
»cómo te está maldiciendo?»

V.

LA LOCA.

Cuando allá en la gruta ondean
las ráfagas de la luz,
sus destellos hermosean
dos sepulcros que blanquean
protegidos por la cruz.

—

Penas de amoroso afán
allí gime la fortuna;
las losas juntas están,
—«Don Iñigo»—dice en una
y en otra dice: «Don Juan.»

—

Una azucena ha brotado
á aquellas tumbas cercana,
una rosa tiembla al lado
como la virtud lozana,
y presintiendo el pecado

—

un lirio trémulo medra,
y sobre la blanca piedra
tejen campesinos tules
entre las hojas de hiedra
las campanillas azules.

—

A veces del silencioso
recinto turba el reposo
con sus cadencias suaves
el encanto melodioso
de los trinos de las aves,

—

y sobre el horror que espanta
algo divino se advierte

que maravilla y encanta...
¡ay! ¡es la vida que canta
vencedora de la muerte!

—

Y cuando, triste, á morir
va entre nubes de arrebol
la tarde, y se empieza á hundir
en el cielo de zafir
la roja frente del sol;

—

cuando ya el día se mece
en soñoliento desmayo,
y la luz se desvanece,
sobre las tumbas perece
el último y débil rayo,

—

como si en las sacudidas
postreras de una pasión
que iguala muertes y vidas,
quisiera hablar de perdón
á aquellas almas dormidas!

—

¡Cuán dulce allí la tristeza
llora su perdida calma!
¡Qué misteriosa grandeza

tiene la Naturaleza
hablando á solas á el alma!

—

Mientras que la noche fría
desde su negro palacio
lentamente descendía,
y en sus sombras envolvía
mares, y tierras, y espacio,

—

al recordar sus pasadas
glorias de sangriento brillo,
escuchábanse alteradas
las primeras carcajadas
de *la Loca del Castillo*.

—

Tan solo siniestro horror
su triste pasado inspira.
¿No conocéis su dolor?
¡Es ella! La hermosa Elvira
que llora su inmenso amor!

—

¡Vedla sobre aquella roca!
¡Es ella! ¡La pobre loca!
Mirad su rostro ¡cuán bello!
¡Tiene una flor en la boca
y otra flor junto á su cuello,

caida de la guirnalda
que ciñe su hermosa frente,
sujetando al impaciente
abello que por la espalda
riza su rubio torrente!

—

¡Qué negra es su desventura!
¡qué penoso es el viaje!
¡qué pálida su hermosura!
¡qué bien que se ciñe el traje
de inmaculada blancura!

—

¡Cuán trémula agita el velo
que en sus blancas manos muere!
¡Ay! parece que en su anhelo
busca sus alas y quiere
irse volando hacia el cielo!

—

Y llora otra vez, y sigue
su camino, y luego cesa
en sus cantos, atraviesa
por el valle, la persigue
su sombra, se agita, besa

—

á un rayo de luna, canta
otra vez, llora, se espanta,

solloza, riza la luz
con sus dedos, se adelanta
con horror, llega á la cruz

—

en donde con mudo afán
los mártires de su amor
por siempre durmiendo están,
y dice: — «Vamos... traidor...
»Don Juan... Despierta... Don Juan...

—

»Don Iñigo... mi esperanza...
»mi consuelo... mi placer...
»mi mano ya no te alcanza...»
y se detiene y avanza
y luego vuelve á correr;

—

y oye después un sonido
de voz misteriosa y leda
acariciando su oido...
es la brisa; en la arboleda
gime el canto del olvido;

—

y sueña dichas pasadas,
y maldice su fortuna
con ruidosas carcajadas,

encendiendo sus miradas
en los rayos de la luna!

—

Persiguiendo con ardor
una mañana un pastor
á una ovejuela perdida,
halló en el suelo tendida
á aquella mártir de amor;

—

y al levantarla, un instante
quedóse atónito al verla,
pues cubría su semblante
la blancura de la perla
sin las luces del diamante!

—

Otro pastor entre tanto,
relataba á su mujer
con muestras de gran espanto,
lo que acababa de ver
aquella noche... «¡Dios santo!» —

—

decía. — «¡Dando consuelo
»á mis hijos en la cuna,
»miré con rápido vuelo
»subir una sombra al cielo
»por un rayo de la luna!

»Y ya la ilusión pasada» —
siguió el labriego sencillo, —
« aún absorta la mirada
»escuché una carcajada
»de *la Loca del Castillo...*»

—

¡La tiniebla del dolor
mató la luz de la gloria!
¡Cuánta pena! Cuánto horror!
¡Murió Elvira! ¡Triste historia!
¡Derramad á su memoria
una lágrima de amor!

Madrid, Marzo, 1882.



EL TESORO DE OROSMÁN

AL SEÑOR

DON GASPAR NÚNEZ DE ARCE



I.

Eres, Juan, soberbio artista,
mas no me puedes negar
que te supo conquistar
tu siglo materialista.
¿Qué tienes muy buena vista?
¿Qué es un sueño la ilusión?
Tal vez—Juan—tienes razón
mas... si tú vieras... el hielo
de tu horrible desconsuelo
destroza mi corazón.

—

¿Con qué es sueño la virtud
y el amor una quimera...?
Pues, respóndeme: ¿cuál era
tu afán de la juventud?

¿Nada? ¿mezquina inquietud?
¿sueño? ¿apetito? ¿placer
liviano que del ayer
vaga por las soledades?...
Mira, Juan, aunque te enfades,
¡ay! no te quiero creer!...

—

¿Ya no existe el sacrificio?
¿Son interés los deberes?
¿Por qué serán los placeres
el patrimonio del vicio?
¡Infeliz, si al precipicio
ángel ó mujer se asoma!
¡Que guarde la flor su aroma
del rayo de la tormenta!
¿El sordo diluvio aumenta?
¡que no salga la paloma!

—

Juan, apenas se percibe
tu voz, ¡si la apaga el trueno!
De la tormenta en el seno
se llora mas no se vive.
El que su fuego recibe
muy pronto debe espirar.
Yo quiero vivir, gozar;
algo miro en lontananza...

si me quitáis la esperanza,
decid; ¿qué me vais á dar?

—

¿La duda? Cierre su broche
la flor mustia y dolorida,
pero, ¿por qué hundir la vida
en las sombras de la noche?
Cesa en tu inútil reproche,
calma mi ansiedad sincera;
el alma que desespera
sólo entre sombra se escuda.
¿La noche te dice: «¡Duda!»?
El día me dice: «¡Espera!»

—

¡La esperanza! Luz divina
que rompe la niebla oscura
como el alba que fulgura
tras la desierta colina.
Tu resplandor me fascina,
no puedo vivir sin verte;
tú nos marcas de la suerte
el inflexible destino
y suavizas el camino
para el carro de la muerte.

—

Bendita tu protección
que nuestros pesares calma
y que vuelve abrir á el alma
el jardín de la ilusión.
Tu nombre en mi corazón
con llanto y sangre está escrito;
bendita seas, bendito
tu sacrosanto consuelo...
¡mientras más luz en el cielo
más se aprecia lo infinito!

—

¡Idealismo! gritarás.
El, al menos con nobleza
nos habla de una belleza
que se os esconde quizás.
Su dulce acento jamás
dejó de alegrarme... tanto,
que al oir su hermoso canto
parece que la alegría
vierte sobre el alma mía
como un rocío de llanto!...

—

¿Ha de tener el poeta
de esta gloriosa centuria
por única ley la injuria
y por arma la piqueta?

¿En tanta lucha secreta
es preciso maldecir?
Sin el agravio sufrir
¿cómo el dicterio lanzar?
Ni ¿cómo voy á expresar
lo que no puedo sentir?

—

¿Te burlas de mi idealismo?
Déjame mirar al cielo;
¡el que mira mucho al suelo
siempre da con el abismo!
¿He de mentir un cinismo
que mi alma noble deplora?
Ruede en la noche traidora
medroso raudal de llanto,
¡yo contento vivo y canto
porque me envuelve la aurora!

—

Y si padezco también
es que miro á la ignorancia,
confundiendo la distancia
que existe del mal al bien.
¿Sonries? Ese desdén
es propio de tu razón.
El rayo de perdición
es mortal, y muchos ruedan,

¡pero alumbra á los que quedan
lanzando la maldición!

—

¿Que no son más los amores
que pompas que el aire agita?
¿que el alma sólo palpita
al rugir de los dolores?
¿que se oculta entre las flores
el áspid? ¿quién puede ser
el rey del mundo? ¿el deber?
¿Sonries? No te comprendo,
mas, vayamos descendiendo
por la escala del placer...

—

¿Dices que estoy ciego ó loco?
Vamos ¿el amor quizás?
¿qué no? Contéstame; más
alto, pero poco á poco.
¿Será la virtud? ¿tampoco?
¡La ambición! Mi desengaño
es muy cruel. Por tu daño
en el descenso he temido,
pero al fin te has detenido
en el último peldaño.

—

No es el mundo que hoy revive
siervo de fe material,
que aún alienta lo ideal
y lo grande sobrevive;
y el alma noble concibe
el germen de la ilusión...
¡La historia, la tradición
y el mundo te rinden fe
porque, amigo, siempre fué
el corazón, corazón!

—

¡Ah! que si muerde el gusano
en el alma, á veces queda
en el capullo de seda
preso el corazón humano.
¡Y es que el interés liviano
cede á un ansia más hermosa,
y la virtud pudorosa
vence al mundanal orgullo
y al fin se rompe el capullo
y sale la mariposa!

—

Cuando la neblina oscura
del torpe error me detiene,
siempre á mi memoria viene
de Orosmán la imagen pura.

¡Lloro su misma amargura
y sufro lo que él sufrió!
¿Que quién fué? ¿lo sabes? ¿no?
Un *admirador* del oro
que al encontrar un tesoro
inmenso, se suicidó.

—

En el seno de las calmas
se engendran las tempestades,
y entre sombras y maldades
brilla la luz de las almas.
Dios lo ha querido; ¡las palmas
entre fuego crecerán!
¿Que si gozo? Mucho, Juan;
nunca olvida mi memoria
aquel trozo de la historia
de la vida de Orosmán.

II.

¿Quién era?—preguntas.—Era
un mancebo granadino,
de noble rostro cetrino,
y rizada cabellera.
Mirada ardiente y sincera,
ojos vivos y pequeños,

y entre delirios risueños
en su mente relucía,
algo como la armonía
luminosa de los sueños.

—

¿Y Luz? La más celebrada
beldad de la hermosa vega
que el Darro, aurífero, riega
con corriente enamorada.
Hay más luz en su mirada
que en todo el cielo andaluz
y jamás triste capuz
empañó en sus ojos bellos
la *luz*... Al fin, sus destellos
eran destellos... de *Luz*.

—

¿Soñaba? Cuando á su fin
lento caminaba el día
y el ancho sol se envolvía
en torrentes de carmín,
la hermosa, en su camarín,
presa de amantes accesos,
diz que en dulces embelesos,
solitaria en su palacio,
daba besos al espacio
como buscando otros besos.

¡Ah! sin saber por qué, lloras
y ries y te adormecen
suspiros que te parecen
músicas embriagadoras.
Siempre entre rayos de auroras
se escucha el dulce trinar
de las aves... ¿qué pesar
turba tu divina calma?
¿qué es lo que siente tu alma
que no lo puede expresar?

—

¡Ah! ¡qué hermosa estaba! Cuando
la luna tranquilamente
rëía en su blanca frente,
se iban sus ojos cerrando.
Se oía el murmullo blando
del corazón, y apagada
la luz de aquella mirada
ceñía con magia hermosa
como un nimbo de oro y rosa
á su frente nacarada.

—

¡Pobre niña! ¡Pobre flor!
¡Pobre pájaro sin nido!
¿En qué céfiro has oido
esos cánticos de amor?

¡qué murmullo embriagador
hiere el corazón cobarde!
¿qué luz en tu pecho arde
con esa triste dulzura
con que en los cielos fulgura
el lucero de la tarde?

—

La esperanza te fascina.
Así al rayo de la luna
se eleva de la laguna
la fantástica neblina.
Tu espíritu se ilumina
y tras la ilusión se lanza...
La luz brilla en lontananza...
¡Con lágrimas del amor
suele formar el Señor
los rayos de la esperanza!

III.

Entre sombras de tristeza
el palacio en una altura
eleva su mole oscura
á guisa de fortaleza.
Sobre riscos la maleza

sube intrincada y bravía...
Espaciosa galería,
enorme puerta cerrada,
los aromas de Granada
y el cielo de Andalucía!

—

Aquel cielo azul que en brillo
vence á la mar y en pureza
á la divina belleza
de una virgen de Murillo.
Y aquel pueblo cuán sencillo
en virtudes y en amores...
¡Ah! todo ilusión, colores,
¡y entre sombras y desmayos
arriba flores de rayos
y abajo rayos de flores!

IV.

Con la hermosa Luz vivía
su padre, achacoso anciano
de aspecto duro y tirano
y de condición sombría.
Nubes de tormenta había
sobre su frente agrupadas,

manos convulsas y heladas
sobre el corazón... ¡malditos
ensueños, ayes y gritos,
sollozos y carcajadas!

—

Cuando la tarde al caer,
iluminaba la cumbre
con los rayos de una lumbre
ya próxima á perecer,
era aquel viejo de ver
en la torrecilla alzado,
descubriendo ensimismado,
si en la altiva cordillera
y, sobre algún risco, era
algún reflejo dorado.

—

Y luégo, allá en el salón,
cercado por sus montones
de codiciados doblones
crecïa su agitación.
Palpitaba el corazón
con ritmo sordo y vehemente,
mientras la luz débilmente
lanzaba en sus movimientos
sus rayos amarillentos
sobre la pálida frente.

Una vez y otra contaba,
y con febril rapidez
luégo otra vez y otra vez
sus montones combinaba.
Luégo, sudando, exclamaba:
»¡Oro vil, no me perdonas!»
Sus carcajadas burlonas
chocaban quedas, muy quedas
y crugían las monedas
entre sus manos temblonas.

V.

De la sala en un rincón
una puerta se veïa
tras cuyas hojas dormía
el monstruo de la ambición.
Allí, guardado en montón,
yace un inmenso tesoro,
formando terrible coro,
que á veces al viejo arredra
tras aquel muro de piedra
aquel gigante dë oro.

—

Allí, con siniestro afán,
vela su ambición avara
el tesoro que robara
á los padres de Orosmán.
Sumidos en sombra están
el crimen y la avaricia,
porque, cuando el bien se vicia
y rompe el maldito germen
nadie sabe dónde duermen
los rayos de la justicia!

—

Orosmán todo lo ignora;
huérfano desde su infancia
hoy vive en esa ignorancia
que olvida siempre que adora.
Su amor infinito llora,
implorando la piedad
de aquella triste beldad,
ángel de amor y fortuna,
trémulo rayo de luna
en noche de tempestad.

—

Cuánto afán su vista enseña
cuando Luz con languidez
en el calado agimez
triste llora, ó gime, ó sueña.

Desde una altura pequeña
mira á la hermosa ventana
cielo de la soberana
de su amor puro y cobarde,
y allí le encuentran la tarde
y la noche y la mañana.

—

Luz al soñador veía
ya en el valle, ya en el fondo
de su corazón si el hondo
bienestar la adormecía.
Él, siempre, de noche y día
ronda el monte y la ilusión
de su infinita pasión;
la fortuna le acompaña;
¡sin subir á la montaña
ya ha subido al corazón!

—

Siempre que el anciano aquel
observaba al triste amante,
contraía su semblante
con una risa cruel.
«No hay duda, no hay duda. Es él,»
decía con triste acento.
¡Ah! cuando en el pensamiento
surge el drama del pasado

siempre van juntos: pecado,
maldad y remordimiento.

—

«¿Sabrá mi delito? ¿Quiere
satisfacer su venganza?»
Entre temor y esperanza
el viejo, temblando, muere.
No es fácil que Amor espere
y el Amor ya desespera,
la ambición renace fiera,
y entre tanto la hermosura
que es luz y afán y ternura
padece, gime ¡y espera!

VI.

Era una tibia mañana
del hermoso mes de Mayo,
y del sol el primer rayo
sonrëía en la ventana.
¿En dónde está la sultana
de aquel fantástico amor?
Tanto la abruma el dolor
que hace dias, no se asoma

la hermosísima paloma
á su gentil mirador!

—

Orosmán desde la altura,
trono de sus ilusiones,
llama con tiernas canciones
á la escondida hermosura.
La noche triste y oscura
aumentó su desconsuelo,
pues creyó ver que con vuelo
tranquilo, por el espacio,
surgió un ángel del palacio
tomando el rumbo del cielo.

—

Ya el ardiente sol declina
y aún Orosmán sufre y llora
con pena desgarradora
sobre la verde colina.
Ya se decide, camina
con planta febril é incierta,
por la montaña desierta
sube y corre y trepa y vaga,
y con la cruz de su daga
da del palacio en la puerta.

—

El viejo en la torrecilla
vióle al punto, el golpe oyó
y tembloroso bajó
por la estrecha escalerilla.
Tira al pasar una silla
y un sillón y un taburete,
cruza un rico gabinete
y llega á la puerta oscura
y al fin, en la cerradura
la llave temblando mete.

—

Adentro una voz gritaba:
«Espera Orosmán, espera.»
Y otra voz gritaba afuera:
«Viejo del demonio, acaba.»
Se abrió la puerta. «Dudaba,»
dijo el viejo con desdén,
y se escucharon también
dos voces en confusión
gritando: «¡Pronto!»—«¡Perdón!»
—«Nunca. ¡Pronto!»—«Calma. ¡Ven!»

—

Comenzó el anciano á andar
una escalera subiendo,
y tras él, subió diciendo,
el joven: «¡Dicha es amar!!

¡Por fin voy á realizar
mi anhelo y mis alegrías.»
Y entre gritos y agonías
cruzaron ricos salones,
y estrechas habitaciones,
y espaciosas galerías.

VII.

En medio de aquel salón
tras cuya cerrada puerta
por las noches se despierta
el monstruo de la ambición,
yace Luz en un sillón
mortalmente reclinada;
aún hay luz en su mirada
y vida en su cuerpo inerte
porque hasta la misma muerte
se ha quedado enamorada.

—

¿Cómo vencer sus pasiones
quien de pasiones no sabe?
¿Cómo ha de vivir el ave
solitaria en sus prisiones?

Murió con sus ilusiones,
y aún sobre su rostro brilla
una lágrima sencilla
que vertió en su desvarío...
¡una gota de rocío
en la flor de su mejilla!

—

Una tórtola doliente
penètró por la ventana...
¡ay! era sin duda, hermana
de la virgen inocente.
Volaba sobre su frente,
buscaba el tenue fulgor
de su mirada de amor,
y en dulcísimo murmullo
gemía con tierno arrullo
el cántico del dolor.

—

Parece que conmovida,
una voz que se lamenta
está allí pidiendo cuenta
de una muerte y de una vida.
¡Qué triste es la despedida
de lo que no vuelve más!

Muere la tarde... ¡quizás
por eso tanto se amaban
dos luces que se besaban
para no verse jamás!

VIII.

Entró el viejo velozmente,
apartándose el cabello
que le circundaba el cuello
y le cubría la frente.
Nada ve, nada presiente
de aquella horrible aflicción,
va á la puerta del rincón,
abre salida al tesoro
y un mar de monedas de oro
salta, inundando el salón.

—

Se oyó el tremendo rugido
de una bárbara agonía,
al par que otra voz decía:
«Toma. ¡Ven! Estoy perdido.»
Orosmán cual tigre herido
en la pared se apoyó,
la vista absorta giró,

y con frenéticos lazos
alzó á la muerta en sus brazos
y en el aire la abrazó.

—

Y con las manos cruzadas
sobre sus ojos se inclina,
buscando la luz divina
que huyó de aquellas miradas.
Sonaron dos carcajadas
y junto á la puerta el viejo
se agitó mudo y perplejo,
mientras el sol tristemente
detenía en Occidente
su moribundo reflejo.

—

Orosmán cogió al anciano
que se arrodilló al sentir
sobre su cuello crugir
los dedos de aquella mano.
—«¡Perdón!»—«Al suelo, villano!»
—«¡Perdón!»—«Nunca. Maldición!
¡Esta sed de mi pasión
con tesoros no se apaga!
¡Ah! tú á mis piés y mi daga
en mitad del corazón!»

—

Dijo, y hundiendo en su pecho
su puñal, cayó rodando,
sobre el tesoro, manchando
con sangre tan rico lecho.
Un grito de atroz despecho
dejó el anciano escapar...
y luégo, empezó á llevar
el oro hacia la escalera
para que no se le fuera
algún doblón á manchar.

—

¡Necia y torpe rapidez,
que ya el oro muchas veces
con deshonras y dobleces
ha manchado su altivez!
Y el viejo volvió otra vez
por su tesoro velando,
y el céfiro dulce y blando
fué tristes himnos gimiendo,
y la sombra fué creciendo
y la luz agonizando...

IX.

En este mundo maldito
no tan sólo el mal se agita,

que á veces también palpita
la idea de lo infinito;
y el corazón oye el grito
noble y alto de su afán...
¿Que si gozo? Mucho, Juan;
nunca olvida mi memoria
aquel trozo de la historia
de la vida de Orosmán.

—

Nombre, tesoro, nobleza,
¿qué fuísteis para su dueño
al desvanecerse el sueño
de su más alta riqueza?
Quien adora la belleza,
la virtud, ¿cómo querrá
lo que sólo es pompa ya?...
¿qué le vale al girasol
sentir la vida si el sol
de sus amores se va?...

—

¡Ay! siempre que he recordado
esta historia en que hoy te encantas,
¡ay! Juan, si tú vieras cuántas
lágrimas he derramado!

Oye al corazón honrado
y sigue su marcha hermosa ,
y ama con pasión grandiosa,
y huye del mundano orgullo...
¡que si tejes el capullo
ya saldrá la mariposa!!

Madrid, Febrero, 1882.



UN DRAMA ANÓNIMO

AL SEÑOR

D. GUILLERMO MACPHERSON



I.

¿Que estás aburrida? ¿Sí?
¿que tengo buena memoria?
¿quieres oir una historia?
Bien, sentémonos aquí.
¿De un general? ¿de algún fraile?
¿que no? ¿de alguna belleza?
¿Sí? ¿te gusta? Pues, empieza
¿sabes en dónde? En un baile.
Todo es lujo y alegría;
los personajes son dos;
¿qué estás mirando? Por Dios,
no te distraigas, María.

—

Zumba confuso rumor
á las puertas de un palacio,

y allá en el sereno espacio
vaga con tibio fulgor,
la orgía de luz que rueda
por los calados balcones
de riquísimos salones
tapizados de oro y seda.
¡Qué brillante confusión!
¡qué batalla de sentidos!
¡qué bien saltan los sonidos
del *wals* y del rigodón!
Allá, con celeste traje,
walsa una joven esbelta,
de rostro divino, envuelta
en una nube de encaje.
Otra entre nieblas de tul
corriendo se precipita,
y otra, fatigada, agita
su ceñido traje azul.
Con juramentos de amor,
algunas, las más, se engríen
y las ménos, se sonríen
disimulando el rubor,
hasta que surgen por fin
en risueña lontananza
olas de verde esperanza
con espumas de carmín.

Tanto enredo de incidentes
impresiona y maravilla;
todo salta y todo brilla
en ondas resplandecientes.
Placas, joyas, lazos, flores,
y enredados galanteos,
y murmullos de deseos
entre deseos de amores;
y recelosas miradas;
y recuerdos de otros días,
y profundas cortesías,
y discretas carcajadas,
y temblorosos cambiantes
de la luz en los espejos,
y entrecruzados reflejos
de zafiros y brillantes;
y ráfagas de ilusión,
y algo, muy grande, que crece
y sube y se desvanece,
porque tanta confusión
y tanta dicha que avanza
y tal luz y tal encanto
son notas sueltas del canto
seductor de la esperanza!

—

Calla de pronto la orquesta,
el vago rumor se esconde,
pasa la niña del Conde,
la heroina de la fiesta.
Un pollito la hace el *bú*
y ella sigue desdeñosa,
¡ay! *ella* ¡que es tan hermosa!
¡tan hermosa como tú!
Son sus miradas serenas,
y es seductor su vestido,
lleva al escote prendido
un ceñidor de azucenas
iguales á las que arrancas
del jardín, y en sus cabellos
rubios vierte sus destellos
un hilo de perlas blancas,
que entre el rizado tesoro
muestra su amante fortuna
como un rayo de la luna
entre una nube de oro.

—

Desde una puerta su amante
la espía con sus miradas;
tiene las manos cruzadas
sobre el pecho palpitante,
y no encontrando consuelo

al martirio de su afán
se arroja sobre un diván
de encendido terciopelo,
y oye á su pecho rugir,
y en sus párpados sujeta
una lágrima indiscreta
que pugnaba por salir,
y una triste contracción
en su faz dejóse ver...
¡la lágrima fué á caer
dentro de su corazón!
Y cuando ya su agonía
comenzaba á despertar,
oyó en la calle cantar
á una voz que así decía:
«Cuentan que él la idolatraba,
cuentan que ella le olvidó...
¡Aunque es muy vieja la historia
es siempre nuevo el dolor!»

II.

Escucha, por Dios, María,
y detén por un momento
esa loca algarabía

que mueve en tu pensamiento
el raudal de la alegría.

—

Él, murió. ¿Lloras? ¿Verdad?
¡Era tanta su bondad
que es posible que aún conciba
su amor, tan grande, que viva
sobre la inmortalidad!

—

¡Ya te habrá dicho el rumor
confuso del mundo necio
que el enemigo mayor
de las flores del amor
es el aire del desprecio!

—

Él sucumbió despreciado.
¡Ay María! ¿No has llorado?
¡Presta un poco de atención
para ver lo que hay guardado
dentro de tu corazón!

—

Es de advertir que una tarde,
cuando ya entraba la noche,
tendida en lujoso coche
y haciendo público alarde
de riqueza y alegría,

cruzó la niña preciosa
que fué la ilusión grandiosa
de mi amigo Juan Mejía,
el del amar y el sufrir,
por una verde espesura
que baña con su hermosura
el azul Guadalquivir,
que entre sus árboles brilla
cuando entre aromosas flores
llega á los alrededores
fantásticos de Sevilla.
Precedidos por un perro
que á tierra la vista baja,
unos hombres y una caja,
—muerte oscura y pobre entierro,
amistad noble y sincera,
dolor franco y palpitante,—
detuvieron un intante
de aquel coche la carrera.
Algo grande allí se advierte,
y la niña lo advirtió,
pues su mirada extendió
sobre aquel lecho de muerte,
como rayo hermoso y triste
de la luna silenciosa
que va bañando una fosa

que en nieblas pálidas viste!
Poco duró su indecisa
tristeza, pues de repente
arrugó su blanca frente,
y dibujó una sonrisa
entre sus labios al ver
un hombre que acompañaba
al féretro, y que llevaba
la corbata sin poner,
el chaleco sin cerrar,
y que sin hipocresía
el pobre sólo podía
llorar, y luégo llorar...
«¡Qué pena tan afectada!»
dijo con acento blando
la alegre niña lanzando
al aire una carcajada
«¡Ay! ¡Cómo llora! No acierto
á comprender, y ¡aún le escucho!
¡Cómo que tendría mucho
que perder el pobre muerto!»
Y volviendo con dulzura
el rostro, se reclinó
mientras que el coche siguió
rodando por la espesura.

—

En aquel féretro va
el cuerpo del alma aquella
que adoró á la niña bella
que ahora riéndose está,
formando triste rumor
con murmullos de agonía
aquella dulce alegría
y aquel infinito amor,
todo luz y sentimiento,
que al fin dejó de existir
porque no pudo dormir
la noche del pensamiento!!

—

¿No te parecen, María,
de género criminal
aquel dolor ideal
y aquella nécia alegría?
¿No te dice mi aflicción
que aquella niña agraciada
algo tiene de malvada,
pues no tiene corazón?
¡Pobre instinto de mujer!
¡Cuando pierde su perfume,
la hermosa flor se consume
en los brazos del placer!
Y es hermoso el arroyuelo

que por los valles dilata
sus ondas, cuando retrata
la bóveda azul del cielo.
¡Pero si la nube oscura
allá en el espacio rueda,
al arroyo no le queda
sino un rastro de hermosura!

—

Presta un poco de atención.
¿Dónde estás? ¿por qué has corrido,
María? ¿por qué te has ido
sin escucharme al balcón?
¿Qué es esto? dí, ¿qué me dices?
¿qué es lo que estabas mirando?
¡Ah! ya, ¿te estabas burlando
de aquellos tres infelices
cuya angustia me desgrarra
el corazón...? ¿No recuerdas?
¿Que no pulsan bien las cuerdas
de aquella rota guitarra,
de aquel violín? ¿Estás loca?
¿por qué me has abandonado?
Dime, ¿por qué me has dejado
con la palabra en la boca?
No es posible que me ría,
¡ay! ¡porque el mismo Señor

que á esos pobres da el dolor
á ti te da la alegría!
Y es su saber muy profundo,
y es muy loca la fortuna,
y tiene fases la luna,
y dando vueltas va el mundo!...
Piensa en tu alma y en Dios
y en nuestra carnal miseria.
¿Sonríes? ¡Ay! Sé más seria.
¿No puedes? ¡Adios, adios!

—

Quiero advertiros, lectores,
que esta joven tan bromista,
es ¡ay! la protagonista
de aquella historia de amores.
La pérfida, la cruel,
la dulcísima, la bella,
la de los desprecios... *ella*
la idolatrada por... *él*.
La que con vil sentimiento
y con extraña virtud
agostó en su juventud
las flores de un pensamiento.
La de los rizos dorados
y las mejillas de rosa,
la de la voz melodiosa

y los ojos entornados.
La que con tanta dulzura
y tan ruidosa alegría
aquella tarde reía
en la intrincada espesura,
sus ojos al detener
en una caja tan negra
que dicen que solo alegra
el rostro de Lucifer.
La del cobarde egoismo
y la del acento blando...
¡la golondrina volando
sobre el entreabierto abismo!

—

¡Ah! Pensásteis, como yo,
que al oir su propia historia
despertara su memoria
y su espíritu, pues... no.
Es extraño, muy extraño.
Ya lo habéis visto; María
estuvo al principio fría
como el primer desengaño.
Después, corrió, como loca
de entusiasmo y de contento,
dejándome en un momento
con la palabra en la boca,

para reirse entre tanto,
desde su alegre balcón,
de una sombría aflicción
digna tan sólo de llanto,
de ese llanto de consuelo
con que hace Dios las tranquilas
y transparentes pupilas
de los ángeles del cielo!
¡Ay! ¡pobre niña infeliz!
¡Pobre flor pálida y sola
con la vida en su corola
y la muerte en su raíz!

III.

«Es incurable su herida;»
dirá con siniestra calma
el lector, si es que no olvida
que cuando no siente un alma
es porque ya está perdida.

—

En verdad, es lo probable,
mas refresca tu memoria
y escucha, lector amable,
el epílogo notable
de esta desgraciada historia.

Un día de primavera,
en una alegre pradera
de la hermosa Andalucía,
sollozaba en la ribera
del Guadalquivir, María.

—

Jugaban sus rizos bellos
sobre su rostro andaluz,
y entre sus rubios cabellos
se mecían los destellos
irisados de la luz.

—

Embriagando á sus dolores,
iba tejiendo en su falda,
entre suspiros de amores,
una brillante guirnalda
de preciosísimas flores.

—

La puso sobre su frente,
entonó un triste cantar,
levantóse de repente,
y luégo, muy tristemente.
quiso á las ondas mirar,

—

mas detuvo con horror
su mirada estremecida,

exclamando en su dolor:
«No puedo más, ¡el amor
es la fuente de la vida!»

—

Una flor de rico aroma
después de su tallo arranca,
y sube por una loma
hácia la casita blanca
que entre el bosquecillo asoma.

—

¿Perdió la dicha su encanto?
¡Ay! ¿por qué llama en su canto
vil á la felicidad?
¡Ay! ¿por qué vierte su llanto
en aquella soledad?

—

En su conciencia engañada
terrible se despertó
su torpe vida pasada,
¡ay! ¡porque por fin amó
y al amar fué despreciada!!

—

Y sufrió con el aliento
más grande de la existencia,
y sintió en su pensamiento

¡cómo destroza el tormento
de la pálida impotencia!

—

Y, al fin, pudo comprender
lo que mienten necias galas,
lo que es amar, y querer
volar muy alto, ¡y tener
sin movimiento las alas!

—

Ya comprende la grandeza
que hay en la humana tristeza
y en el sencillo decoro,
y se envuelve su cabeza
entre nubecillas de oro...

—

Allá, en su espíritu, siente
del amor la llama viva,
y sobre su mano ardiente
sudorosa y pensativa
dobla su pálida frente.

—

Si el corazón está herido,
la flor se ha purificado,
la golondrina hizo nido...
¡Ya la mujer ha sentido
y ya el ángel se ha salvado!!

Con sangre del corazón
nace teñida la luz
inmortal de la pasión
del bien. ¡Toda redención
tiene su cuesta y su cruz!

—

No es el noble anhelo humano
fantasma de un sueño vano,
porque el hombre cuando sube
siente más cerca á la nube
y más lejos al pantano.

—

Y el que con felicidad,
cruzando la tempestad
llega á la cumbre, después
mira siempre al cielo puro,
mientras que el nublado oscuro
se agita bajo sus piés!!

Madrid, Febrero, 1882.



III

INTIMAS

A.....

La palma y el sauce se mecen en calma,
las ondas se tiñen de nácar y azul,
¡qué hermoso es el río, y el sauce, y la palma!
¡Alma de mi alma...
qué hermosa eres tú!

(Selgas.)

¿VOLVERÁN?



¿VOLVERÁN?

Ya se van acortando las tardes, bien mío,
ya más pronto las gotas del fresco rocío
descienden al cáliz gentil de la flor;
¡ay! ya el sol de mis sueños brillantes declina,
ya muy pronto la negra y audaz golondrina
se irá para siempre... ¡con ella mi amor!

—

¡Cuántas veces al ver sus bandadas
entre nubes y mares lanzadas,
girando y siguiendo su errante volar,
he doblado con pena la frente
pensando y pensando tristísimamente:
«¡Huyeron! ¡Huyeron! mas ¡ay! ¿Volverán?»

—

Cuando el suelo se llene de flores,
y las selvas de alegres rumores,
y los cielos de espléndida luz,
y las almas de loca esperanza,
vendrán, como un sueño de dicha, que avanza
abiertas las alas, teñidas de azul!

—

Mas ¡ay! que en las playas que vieron su nido
murióse algún ave de amores y olvido,
y yo con acento de horrible dolor
diré sollozando: «Parad; peregrina,
golondrina, feliz golondrina,
¿qué fué de tu hermana? ¿qué fué de mi amor?»

—

Ya se van acortando las tardes, bien mio,
ya más pronto las gotas del fresco rocío
descienden al cáliz gentil de la flor...;
¡ya se van deshojando las rosas!
¡Por lo mismo que son tan hermosas
se van para siempre!... ¡con ellas mi amor!

—

Cuántas veces al ver los fulgores
del sol, que sus hilos de ardientes colores
quebraba en las hojas del seco rosal,
he mirado con pena sus flores marchitas

y he gemido con ansias de amor infinitas:
«¡Huyeron! ¡Huyeron! mas ¡ay! ¿Volverán?»

—

Cuando el sol oscurezca sus rayos sangrientos,
y lloren las lluvias, y giman los vientos
cual notas perdidas de un triste laud
que pulsa un anciano que trémulo marcha,
entre lluvias y vientos y escarcha
morirá, como muere la sombra en la luz...

—

Cuando torne á lucir Primavera,
si despunta un capullo siquiera,
diré con acento de horrible dolor
mirando las hojas y el tronco marchito:
«Tu vida fué breve, mi amor infinito...
¿Qué fué de tu encanto? ¿Qué fué de mi amor?»

—

¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa! ¿Por qué vida mía
no rasgas mis nieblas con rayos del día,
no ahuyentas mis brumas con auras del mar?
Yo soy desgraciado, yo soy peregrino,
y pronto siguiendo mi errante camino
á un mundo que rïe me vuelvo á llorar!

—

¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa! Tus ojos se han hecho
con chispas de rayos, tu cándido pecho

con flores del valle, tus labios con miel,
tu voz con arpegios de notas perdidas...
tus ojos parecen estrellas dormidas,
tus labios las hojas de abierto clavel!

—

Yo tengo tres astros que alumbran mi frente,
que animan el ansia constante y ardiente
que salta en mi loco, febril corazón,
sediento de glorias; el sol por el día,
la luna que rasga la noche sombría,
de noche y de día tu imagen, mi amor!

—

Ya se van acortando las tardes, bien mío,
ya más pronto las gotas del dulce rocío
refrescan las flores con lánguido afán...
¡Ya se van estas horas divinas!!
Ilusiones de amor... golondrinas...
luces... flores... mas ¡ay! ¿Volverán?

Cádiz, Setiembre, 1882.





¡PALABRAS!

Hoy que en el alma siento
la huella dolorida
que al rendirse á los ímpetus del viento
rasgó en el alma la ilusión perdida,
deja ¡oh divino encanto
y eterna luz de mi imposible gloria,
que riegue con mi llanto
mi amor, y mi esperanza, y tu memoria!

—

¡Ay! cuando los pesares
unos tras otros vienen
cual olas de los mares,
que jamás se detienen;
¡ay! cuando en el silencio congojoso
de la alta noche que mató el ruido,

sólo turba la calma y el reposo
del corazón que llora algún latido;

—

¡ay! mujer, cuando en vano,
mecidas por ardientes seducciones,
rozan la piel de la anhelante mano
las túnicas de tantas ilusiones
como al nacer murieron,
¿no escuchaste gemir voces queridas,
«¡Ay!—gritando al pasar—de las que fueron
de esperanzas y amor horas perdidas?»

—

¡Ah! si, mujer; en la siniestra calma
de esta noche fatal que me enloquece
en las sombras del alma
tu imagen aparece,
y ante mis ojos nace, y brilla, y sube,
¡virgen fascinadora del consuelo!
¡rayo del sol que al desgarrar la nube
doró los mares y volvióse al cielo!

—

Virgen, escucha, escucha
mi voz, que se asemeja
á la del agua que en las rocas lucha
y al desgarrarse y al rugir se queja;

¡Por tu bien! ¡Por el ángel de tu guarda!
¿Sonríes? ¡Tu sonrisa
es tan fugaz! ¡Por Dios! Aguarda, aguarda,
¡no escapes tan aprisa!

—

Escucha; yo te quiero
con la ansiedad y la virtud primera,
de aquel amor primero
que nunca olvida y que por siempre espera.
¿Huyes y me respondes «¡Imposible!»?
¿Quieres que hasta los cielos te persiga?
Dios, ¡dáme el rayo de tu furia horrible!
....
¡Es tan hermosa! ¡no! ¡Dios la bendiga!

—

Alguien se burla de que llore tanto.
¡Ay, beldad desdeñosa!
¡Ay, amor! ¡Ay, encanto!
¡Ay, breves sueños de color de rosa!
El Señor que aparece en lontananza
escribe allí con letras de rocío
en la bóveda azul «Ten esperanza!
¡Cuando llegues al fin, su amor ó el mio!»

—

¡Ah! sí, Señor, Señor; yo te prometo
conservar mi ilusión toda mi vida,

como guarda la flor de su secreto
la virgen en los claustros escondida.
Pero, escucha, y advierte
que esto al decirte de vergüenza lloro:
«¡Si quieres apartarla de la muerte
no olvides que la adoro!

—

Porque si llega el día
en que debe morirse mi esperanza,
y la que fué mi amor y mi alegría
por otros mares á correr se lanza,
rompiendo leyes del destino injusto
en el abismo se hundirán... ¡Prefiero
tu eterna maldición!... ¡Tú serás justo!
¡Tú bajarás allí!... ¡Tu fallo espero!!»

Madrid, Noviembre, 1883.





¡ELLA!

SONETO.

Es su voz un torrente de armonía,
y fulgura en su espléndida mirada
humedecida, alegre y mal velada
la clara luz con que despunta el día.
Al débil junco vence en gallardía,
en hermosura á Vénus celebrada,
rïe con el fulgor de la alborada,
bajó del cielo y se llamó María.
Vedla sentada allí, mirad, ¡es *ella!*
Hunde su cuerpo entre cogines rojos,
luciendo así su languidez más bella,
y su alma flota, manantial de amores,
en las negras pupilas de sus ojos
como rayo de luna entre dos flores!

Cádiz, Agosto, 1882.



ESTÁ ENFERMA.

SONETO.

VIENTOS: parad, tened vuestro rugido;
luna: extiende tus blancas aureolas;
flores: rendid las pálidas corolas;
mares, fuentes: lanzad vuestro gemido.
Está enferma, y el ángel del olvido
quizás la engañe porque piensa á solas;
venid, callados vientos, mansas olas,
y llevad mis canciones á su oído!
Y en el silencio de la noche oscura
buscad sus ojos y, calladamente,
acariciad su lánguida hermosura.
Y en su dolor, y entre tan dulce calma,
vientos, flores y luna y mar y fuente...
¡decidle todos que si quiere un alma!!

Cádiz, Julio, 1882.

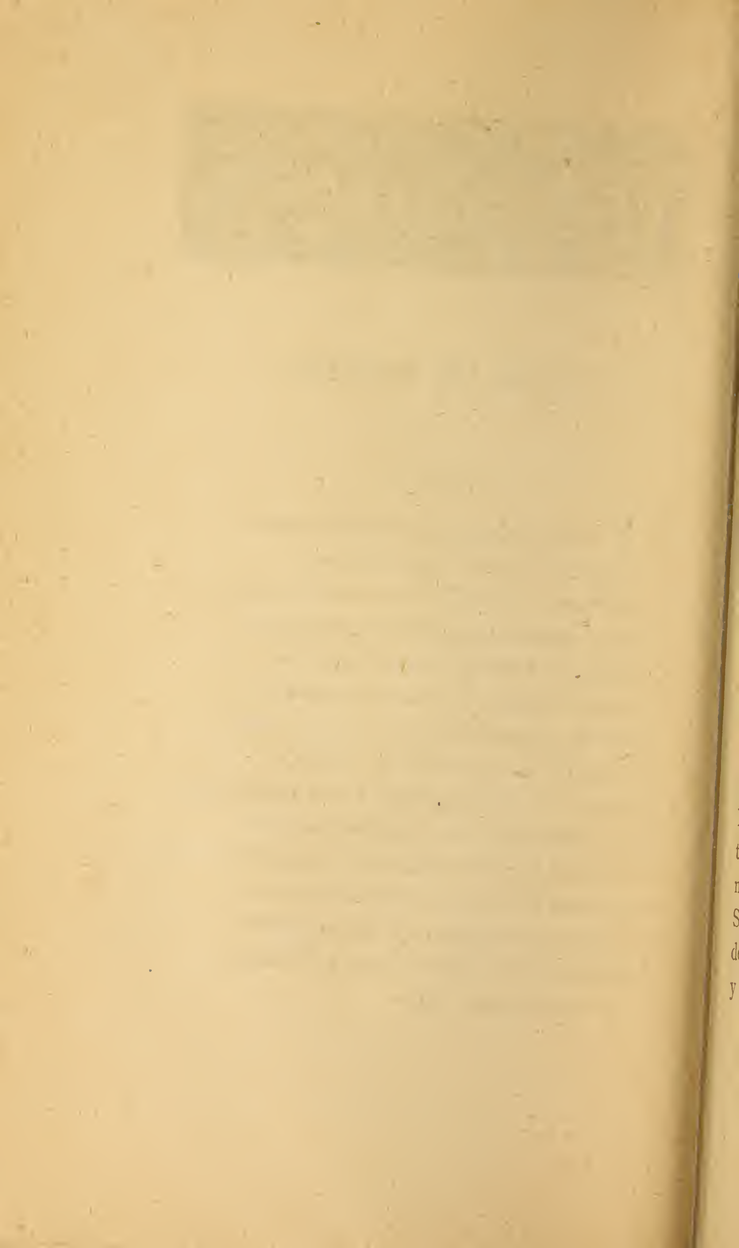


NUBE DE VERANO.

SONETO.

Ya todo concluyó... Flores, ruido,
cataratas de luz, ondas de seda,
músicas... ¡ya pasaron!... sólo queda
un corazón sangriento y un gemido.
Pedazos ¡ay! del corazón herido
en las zarzas dejé de la arboleda...
Dime, Misericordia, ¿en dónde rueda
el agua de la fuente del olvido?
¡Ay! ¡no puedo olvidar! Tú, caprichosa,
mi afán desoyes y vengarme quiero
con más amor, ¡porque eres tan hermosa!
Y pasas á mi lado, y nada abriga,
por mí tu corazón, y nada espero,
y te digo al pasar »¡Dios te bendiga!!»

Cádiz, Agosto, 1882.





NOCHE DE INVIERNO.

SONETO.

Sólo quien sufre á combatir se atreve!
Todo en tinieblas y dolor reposa...
¡Qué terrible nevar!... Pregunta, hermosa,
al pobre corazón por tanta nieve!...
Quizás, durmiendo tú, la dicha mueve
tus castos sueños de color de rosa;
¡así será la noche caprichosa
aquí tan larga, pero allí tan breve!
No imagines que ausencia y que tormento
trajéronme las noches del olvido;
no, con la tempestad crece mi aliento.
Soy como el ave, que al sentir herido
de muerte el corazón, se lanza al viento
y busca al rayo, ¡pero vuelve al nido!!

Madrid, Diciembre, 1882.



NO TE OLVIDES.

SONETO.

De pié, mirando la fatal ribera
y la onda muda en la corriente helada,
aguardo el resplandor de una alborada
que allá, lejos, muy lejos reverbera.
Los años volarán en su carrera
y aguardará mi amor... ¿No sientes nada?
Ya veremos al fin de la jornada
quién vive, quién sucumbe y quién espera.
Náufrago errante y en peñón desierto,
sacrifico las glorias de mi vida
al dolor de un afán siempre despierto.
Si triste, un día, hasta mis rocas vienes,
saldré al paso á decirte: «¡Bien venida!
Tuyo fuí. Tuyo soy. ¡Aquí me tienes!»

Cádiz, Agosto, 1882.



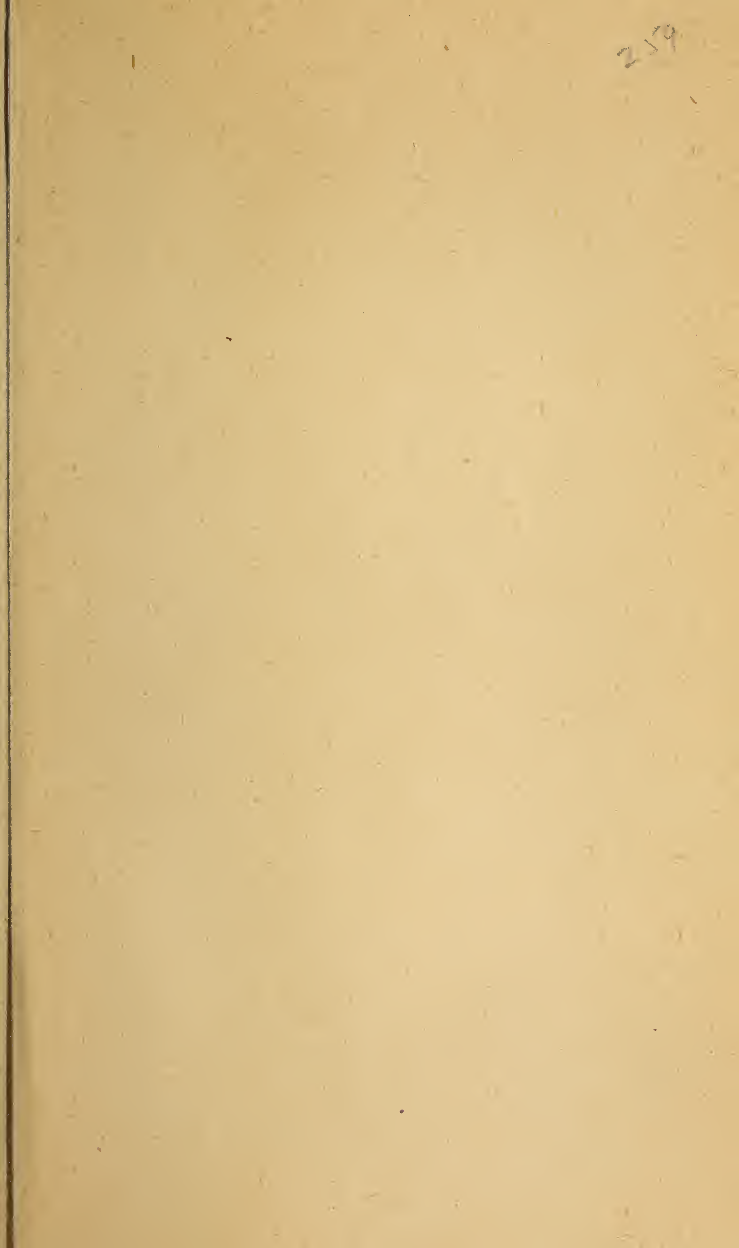
SIEMPRE.

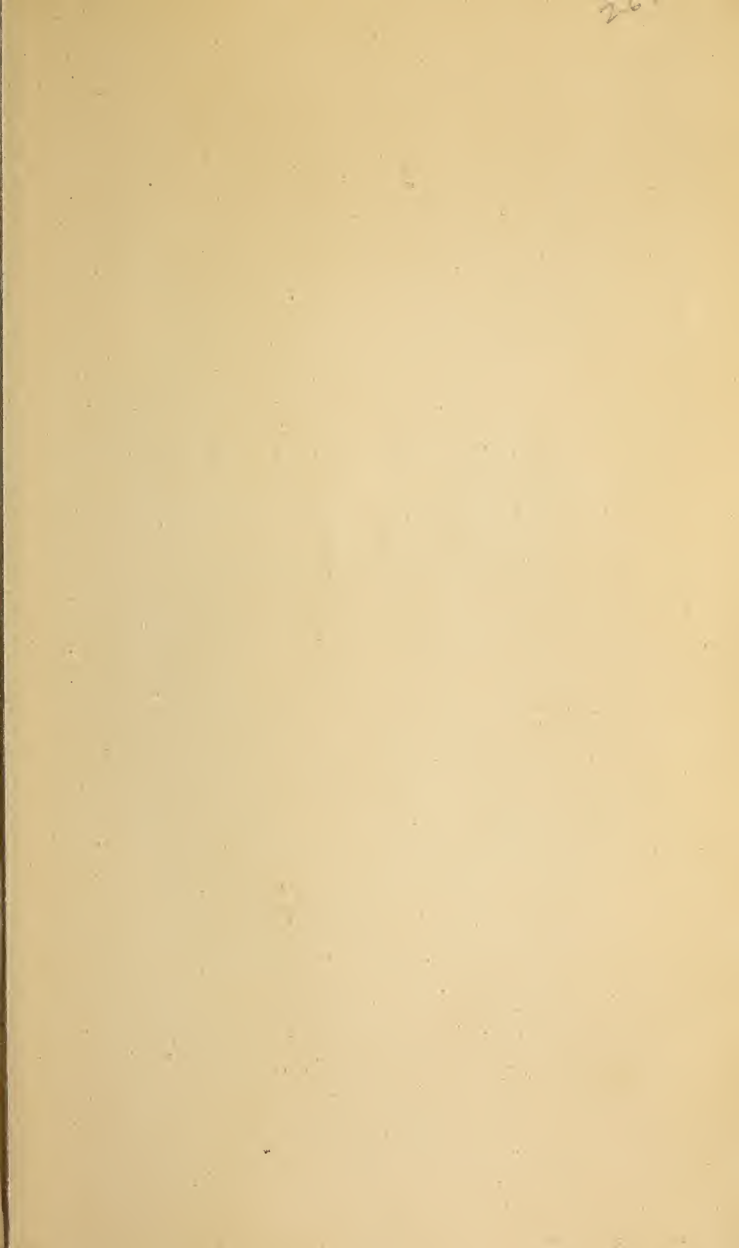
SONETO.

Los mismos rayos de la misma idea
me alumbran siempre al despuntar el día,
y al dar en brazos de la noche fría
siempre vuelvo á decir: «¡Bendita sea!»
La dulce brisa donde quier me vea
el mismo acento y bendición oiría,
que el mismo nombre mis destinos guía
por monte y valle y por ciudad y aldea.
Vives en ti y en mí, porque te siento
llenar mis horas de terrible calma,
calmar las iras de mi atroz tormento.
Te siente mi pasión y voy contigo,
¡y como la pasión vive en mi alma
mientras aliente el alma vas conmigo!!

Madrid, Noviembre, 1882.

ÍNDICE.





Se halla de venta en la librería **Gutenberg**, calle del Príncipe, número 14, á **3 pesetas.**

MADRID. — IMPRENTA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.